

A blurred background image of a couple kissing. The woman is in the foreground, wearing a red headscarf, and the man is behind her. The image is out of focus, creating a soft, romantic atmosphere.

Perla Muciño

Porque hay relatos que
merecen ser contados

RELATOS DE AMOR

Relatos de amor

*Porque hay relatos de amor que merecen ser
contados*

Perla Muciño

Derechos de autor © 2020 Perla Muciño

Todos los derechos reservados

Estos relatos son adaptaciones literarias de historias reales. Por razones de privacidad, los nombres, lugares y algunos sucesos fueron cambiados de la historia original.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Editor y corrector de estilo: Alberto Muciño

DEDICATORIA

Con el apoyo adecuado y la verdadera determinación, no existen imposibles.

Victoria Muciño... Jamás terminaré de agradecer que estés en mi vida. Llegaste en el momento que más te necesitaba y eres todo lo que necesito para existir. Sin ti, no sé dónde estaría o si estaría aquí.

Eres el amor de mi vida, la luz de mis ojos, la estrella que guía mi camino, mi princesa hermosa. Te amo, hija.

Alberto Muciño... Este libro no existiría, literalmente, sin ti. Además de ser mi editor y corrector de estilo preferido, eres una persona clave en mi vida. Siempre te estaré agradecida por todo el apoyo que me has dado; es hermoso saber que, aún con los tropiezos y los baches, seguimos siendo el equipo prometedor de siempre. Te quiero mucho, tío.

María Santoyo... ¡mami! Espero que algún día puedas leer este libro y los siguientes. Deseo ser un motivo de orgullo para ti, y que te sientas tan feliz como yo por tenerte en mi vida. Te amo con todo mi corazón y espero poder darte un abrazo muy pronto.

Jesús Najar... ¡enano! Gracias por estar para mí cuando más lo he necesitado, por apoyar mis sueños y por no soltarme de la mano, aun cuando eso haya implicado arrastrarte al hoyo una que otra vez. Te amo enano, eres mi mejor amigo y lo serás por siempre.

Contenido

[Página del título](#)

[Derechos de autor](#)

[Dedicatoria](#)

[Prefacio](#)

[Marissa se va](#)

[Un amor inesperado](#)

[Imaginándote](#)

[Todo lo que necesitas es amor](#)

[Libertad](#)

[Decisiones](#)

[Amigos](#)

[Prejuicios](#)

[¡Gracias por leer este libro!](#)

Prefacio

En el 2015, estaba sentada a la orilla de una banqueta conversando con un amigo...

Le platicaba de algunas historias que conocía; historias que había escuchado a lo largo de mi vida y que, si bien distaban mucho de ser un cuento de hadas, eran auténticos relatos de amor. Él, por su parte, me contaba de lo afortunado que había sido en el amor comparado con el resto de sus amigos, decía que nunca estaría lo suficientemente agradecido con Dios por ello.

Cuando me contó su historia, me encantó y me conmovió bastante; era una de esas historias en que no puedes dejar de pensar en su magia. Resultaba evidente que mi amigo era muy, pero muy afortunado.

Emocionados por la historia, hicimos planes a futuro; estos incluían: una boda, ropa especial para los novios, banquete, flores y muchas cosas más. Todos estos planes se cristalizarían en el 2020, pero en el 2019, mi amigo... ¡murió!

Su pérdida significó para mí, un duro golpe emocional. Ese fue el motivo que me llevó a escribir *Relatos de amor*.

∞ ∞ ∞

Estarás en el último relato de este libro, amigo. Ahí, vivirás por siempre.

Escribir es inmortalizar...

Marissa se va

Cuando el «nido vacío» solo cambia de forma

Mi niña hermosa, ¡no llores!, ¡aquí está papá!
¡Marissa!, ¡si sigues corriendo te puedes caer!
¡No vas a salir con esa falda a ningún lado, jovencita!
Que descanses princesa... te amo.
Enseguida vuelvo, voy a ajustar cuentas con aquél patán.

∞ ∞ ∞

—Papi... ¿te gusta cómo se ve?

Su tierna voz me sacó de mis recuerdos. Vi a mi Marissa de cuatro años preguntándome si se veía bien con su traje de hadas, se veía tan bella y tan alegre.

—¡Papá!, ¿estás bien? —preguntó Marissa un poco angustiada—, te noto distraído. ¿Vas a estar bien, verdad papi?

—Sí, mi niña, estoy bien, solo estoy pensando —le contesté con tristeza—, hace apenas unos años usabas vestidos verdes con brillos y mallas amarillas y... ¡mírate ahora!

—Papá, eso fue hace demasiados años —exclamó—, yo tenía entonces cuatro años y era un festival de primavera.

—Sí, lo sé —añadí—, pero no pudimos quitarte esas mallas en varios días porque creías que si te las quitábamos se acabaría la primavera, tu madre tuvo que bañarte con ellas... ¡Sonia! —murmuré con tristeza al recordarla—. Tal vez tu madre estaría llorando ahora mismo si te viera vestida así.

—Papá... —dijo cabizbaja—, mamá nos mira desde el cielo y si te pones triste, ella también lo estará. ¡Ven papi!, vamos por agua, tengo algo de sed.

Nos levantamos, se colgó de mi brazo y caminamos en busca de agua. Yo solo quería alargar el camino, deseaba estar con mi hija el mayor tiempo posible.

—Debo aceptar —confesé—, que no sé cómo reaccionar. Tu madre ya me habría dado algunos consejos para actuar con cordura y superar estos sentimientos tristes, me habría abrazado y me habría contado algún chiste tonto sobre la ocasión, pero no está y no sé cómo sobrellevar esto yo solo.

—Papá —susurró con ternura—, deberías reírte porque tengo dos horas pensando en que mi mamá diría que mi cabello parece un nido de golondrinas o algo parecido.

Reí su observación, sabía que su madre habría dicho algo similar y sería un comentario muy acertado, ese peinado parecía un nido de pájaro.

Mi princesa había heredado el sentido del humor de su madre, así como su calidez y amabilidad. En cambio yo, un viejo de cincuenta y cinco años, estoy amargado por la pérdida de mi amada esposa y, ahora, por la partida de mi hija: mi más hermoso tesoro sobre la tierra, la flor más hermosa de mi jardín.

¿Qué será de mí sin mis dos pilares?

Lo había pensado con tal intensidad, que no me di cuenta que mis pensamientos salieron por mi boca.

—¡Papá! —expresó con cariño mientras me abrazaba—. Yo estaré contigo siempre, y siempre necesitaré de ti. No me iré nunca, sólo estoy creciendo.

Sus palabras sonaban tan cálidas y certeras, que no pude oponerme más. ¡Era verdad lo que ella decía! Mi hija solo estaba creciendo y seguiría su camino como yo lo seguí en su momento... como lo siguió su madre conmigo. Entonces, por qué habría de entristecerme el ver a mi retoño florecer y enraizar en una mejor tierra, por qué debería dolerme su maduración y crecimiento. Eso no tenía ningún sentido.

—Tienes razón mi niña —comenté convencido—, no es una despedida ni nada parecido. ¡Hagamos lo propio!

Tomé su mano, la miré a los ojos, le sonreí y nos dirigimos de vuelta al dormitorio.

—¡Vamos, mi nidito de golondrina! —dije en tono de broma—, ¡tenemos algo pendiente!

Quince minutos después caminábamos hacia «el pasillo de la verdad».

¡Al fin!, ahí estaba yo llevando a mi hija del brazo, caminando en medio de un pasillo flanqueado por personas y, mientras caminábamos hacia el altar, los recuerdos de mi princesa me rondaban por la mente mientras escuchaba la marcha nupcial que, a decir verdad, me sabía más a una marcha fúnebre.

Vi a lo lejos a aquél niño, bobo, pazguato, papanatas que me había arrebatado a mi más hermosa flor. Ahí estaba él, esperando como buitres a que la presa muriera, mirando a mi Marissa con la misma sonrisa de idiota que lo caracterizaba. Y mi hermosa princesa, tan feliz y nerviosa como nunca. Tan bella ella, con ese vestido blanco y ese velo que le cubría la cara evitando que vieran su angelical sonrisa.

¿Qué puedo hacer?, me he prometido no llorar y no maldecir. Solo debo dejar a mi hija seguir su camino con quien ella ha escogido para compartir su vida. Sonreí, respiré profundamente y entregué su mano a él: al maldito nuevo héroe de mi princesa.

¡La fiesta fue un éxito!, mi hija estaba tan feliz como nunca y... si mi hija era feliz... ¡yo también debería serlo!

∞ ∞ ∞

Han pasado seis años desde la boda y, como lo prometió en su momento, mi niña nunca me olvidó. Ahora, Fernando, mi yerno, me ha hecho comprender la frase de la que siempre me burlé:

«No pierdes una hija, ganas un hijo».

Él ha sido un excelente compañero de mi amada Marissa, la ha tratado muy bien y que decir de...

—¡Esperen!, ¡qué esperen, les digo!, ¡los atraparé!, ¡ya verán!

Bueno, ustedes me disculparán, pero a estos pilluelos tengo que alcanzarlos...

—¡Manuelín, Yesenia!... ahora que les ponga la mano encima... ¡me los comeré a besos!, ¡ya verán!

Un amor inesperado

El amor llega cuando menos lo esperas... y de forma extraordinaria

Esta historia de amor es la historia de amor de mis padres. Fue narrada desde mi punto de vista y con algunas aportaciones que en su momento me hicieron saber las partes involucradas. Mi nombre es Elena, mi padre es Carlos y su esposa se llama Sandra.

Cuando mi hermano Manuel y yo teníamos dos y seis años respectivamente, nuestra mamá biológica se separó de mi papá y nos dejó con él. Nunca más volvimos a saber de ella. Mi papá la amaba y la separación le dolió muchísimo, así que entre su duelo personal y la necesidad de más trabajo para mantener a sus dos hijos, mi hermano y yo nos fuimos a vivir un par de años con mi abuela, la mamá de mi papá.

Creo que mi papá desarrolló un trauma severo a partir de su separación. Se prometió a sí mismo no volver a tener una relación seria con nadie, aunque eso nunca fue un impedimento para que buscara compañía femenina. Nos acostumbramos a verlo con parejas diferentes —por lo regular duraba tres meses en promedio con cada una— y, en cada ocasión, mi papá nos decía que nos refiriéramos a ellas como «tía». Cuando veíamos que el romance duraba más tiempo del normal nos emocionábamos, dando por hecho que ella sería la persona elegida, hasta que, por cualquier motivo, terminaban separándose y regresábamos al punto de partida... ¡completa desilusión!

Cuenta mi papá que en una reunión de amigos donde iba acompañado de su novia Guadalupe, conoció a una chica que le pareció especialmente agradable. Platicando con ella se enteró que tenía una hija pequeña de casi tres años y que su matrimonio era un completo desastre, su marido la golpeaba y la maltrataba mucho. Mi

papá, en un gesto de amabilidad y empatía, le dijo algo parecido a lo siguiente: «cuando algo se te ofrezca, puedes contar conmigo».

A raíz de esa ocasión, mi papá adoptó la filosofía de no hablar por hablar. Él piensa que, si debe decir algo, no debe ser por pura amabilidad: si lo ofrece es porque está dispuesto a cumplirlo, si no, mejor no lo hace.

Al despedirse intercambiaron números telefónicos y mi papá le dio una dirección de localización —la dirección de mi abuela— y así acabó la reunión. Después de ese día, mi papá siguió con su vida normal, sin imaginarse lo que se le avecinaba...

∞ ∞ ∞

Un par de meses después, mientras mi hermano y yo nos encontrábamos con mi abuela, sonó el timbre de la casa y todos salimos a ver quién era. Al parecer no era nadie conocido, se trataba de una mujer con una niña pequeña y tres maletas. Según palabras de mi abuela, pasó lo siguiente:

Cuando abrí la puerta y vi a una mujer con una niña pequeña y un par de maletas, temí lo peor, dije: ¡este cabrón ya la volvió a cagar!, y para colmo, ¡siempre da mi dirección!

Casi con miedo le pregunté en tono cordial a la señora, en que podía ayudarla. Ella, de manera titubeante, me comentó que buscaba a Carlos.

Como ya estaba acostumbrada a las relaciones infructuosas de Carlos, pensé que la señora podría ser una víctima más de la lujuria incontrolable de mi hijo y que había llegado a reclamarle la paternidad.

Tomé el teléfono y, de manera muy tranquila sin despegar los ojos de la que posiblemente fuera mi nieta, le dije cuando contestó:

—Carlos, te necesito aquí inmediatamente. En la puerta de mi casa hay una señora con cara afligida, una niña que se parece a ti y tres maletas que, si no me equivoco, deben contener ropa de ellas.

—¿Queeeeeé? —contestó mi hijo casi gritando—, mamá, yo no sé de qué hab...

—¡Aquí te esperamos entonces! —lo interrumpí, contestándole con mucho aplomo.

Colgué, al tiempo que le sonreía a la señora y a mi posible nieta; las invité a pasar.

—Pasa querida —le dije a la señora mientras tomaba de la mano a su hija y la ayudaba con una de las maletas—, lo esperaremos bebiendo un poco de agua de jamaica que preparé.

Recuerdo que Manuel y yo no le despegábamos la mirada de curiosidad a Irma, la hija de Sandra. Realmente no sé cuánto tiempo pasó, pero siento que en menos de lo que dura una canción en la radio llegó mi papá con la cara descompuesta. Venía agitado y con el cabello alborotado, supongo que vendría manejando a toda velocidad.

Lo siguiente, me lo relató mi papá:

Cuando llegué a la casa de tu abuela, ahí estaban Sandra y su hija, me miraban con temor esperando que no las echara a la calle. Me encontraba atónito y algo presionado por la cara de mi madre que me miraba inquisitivamente. Lo mejor que se me vino a la mente fue decirle:

—¿Qué diablos haces aquí?

—Tú dijiste que si necesitaba algo podía contar contigo — me contestó entre apenada y temerosa—. Mi esposo me pegó hace un par de días y decidí escapar, mi familia no me recibirá y la verdad no sabía hacia donde voltear, estaba muy angustiada. Hoy, seguramente llegará borracho y, por la discusión que tuvimos ese día, tengo la certeza que nos golpeará a ambas. Mi hija está muy asustada y como te dije, no cuento con mi familia en estos casos, entonces me acordé de lo que me dijiste y lo sincero que te escuchaste, así que te tomé la palabra. Te marqué por teléfono en varias ocasiones para no tomarte por sorpresa, pero como no contestaste decidí llegar a la dirección que me habías dado, nunca pensé que molestaría a tu mamá.

En ese momento casi me caigo de espaldas. La mujer se había tomado muy en serio el ofrecimiento que le hice. ¡Solo intentaba ser un poco amable con su desgracia!

—¡No chingues Sandra! —le dije molesto y espantado por el curso que tomaban los acontecimientos—. Mi ofrecimiento no era literal, era mera cortesía, ahora no s...

—¿Por qué no salen a platicar un rato? —interrumpió mi mamá, viendo cómo se estaba escalando la discusión—, mientras lo hacen yo le voy a invitar un caldo de pollo a esta pequeña.

Salimos de casa de mi madre. No tenía ni puta idea de lo que debía hacer, yo tenía a mi novia Guadalupe y estábamos haciendo planes para vivir juntos, ¡no podía pensar con claridad!

—Mira Carlos —comenzó a hablar Sandra—, creo que cometí un error al venir, pero te lo juro, no tengo a dónde llegar y me confié de tus palabras, no tenía idea de que las habías dicho por cortesía. Te pido de favor que me ayudes a encontrar un lugar para quedarme un par de días y trataré de solucionar todo en ese tiempo... ¡Por favor!

¡Ese era el momento! ¡Era el momento clave para salirme del agujero! Pero... ¿qué hice?

—Mira Sandra —le dije de manera automática—, solo por las circunstancias y porque, quizá no debí haber dicho lo que dije, les voy a dar posada en mi departamento solo dos días, ¿sí? ¡Solo dos días!, de otra manera me metería en muchos problemas. ¿Aceptas la condición?

—¡Gracias Carlos! —dijo Sandra, rompiendo a llorar—. ¡Muchas gracias! Te juro que no te ocasionaremos molestias.

Cuenta mi papá que, por razones ajenas a Sandra, Guadalupe y él terminaron su relación ese mismo día.

Sandra y él se llevaban muy bien, así que decidió otorgarle un poco más de tiempo en el departamento para que pudiera buscar un lugar con más calma, después de todo, ya no tenía una pareja que complicara las cosas.

Sandra era muy responsable en su trabajo, y como mi papá no podía cuidar de Irma, Sandra decidió hablar con su mamá y explicarle todos los motivos que la hicieron separarse de su esposo, su mamá lo entendió; también le pidió que se encargara de la

pequeña por un par de semanas y su mamá aceptó sin poner objeción.

Algo que siempre admiré de Sandra, fue la determinación que tuvo en esos días para lidiar con la nueva vida que se le presentaba: de lunes a viernes ella trabajaba como administrativa en una dependencia federal de salubridad que estaba en el poblado de Cocotlán, a dos horas de San Isidro —donde vivíamos en ese momento con mi papá—.

La hora de ingreso a su trabajo era a las nueve de la mañana y la hora de salida a las seis de la tarde, por lo tanto, ella salía de casa desde las siete de la mañana para regresar a las ocho de la noche. Todo valía la pena si eso significaba no llegar a una casa donde serían maltratadas ella y su hija.

Transcurrieron dos meses de esa rutina, hasta que mi papá y Sandra hicieron un acuerdo: decidieron vivir juntos sin establecer una relación sentimental seria, así ganarían ambas partes; por un lado, Sandra y su hija tendrían un departamento a donde llegar y, por otro lado, mi hermano y yo podríamos tener algo parecido a una figura materna. Fue de ese modo, como se conformó esta extraña y nueva familia.

Irma regresó a vivir al departamento y fue inscrita a un preescolar de paga cerca de donde vivíamos. Mi hermano y yo también íbamos a una escuela de paga solo que de nivel primaria. En ese entonces, Manuel tenía seis años de edad y yo diez.

Mi papá trabajaba como electricista en una empresa privada, su trabajo era estable y tenía un sueldo decoroso. Todo marchaba adecuadamente y mi papá contrato a Reyna, una niñera que nos cuidaba mientras Sandra y él no estaban. Casi siempre comíamos lo que queríamos porque Reyna siempre nos cocinaba lo que se nos antojara; en resumen, éramos niños felices.

Debo mencionar algo de mucha importancia que es necesario saber para poder entender bien el orden de acontecimientos: al estar mi papá y Sandra enfocados en sus trabajos todo el día, no tuvieron la oportunidad de conocerse a fondo, fuera de su relación íntima, prácticamente eran un par de desconocidos. Por poner un ejemplo:

Acerca de lo que mi papá no conocía de ella:

Mi papá se enteró que Sandra no sabía cocinar hasta un par de años después de que comenzaron a vivir juntos. ¿Cómo fue eso posible? Bueno, generalmente Sandra hacía sándwiches y pequeños bocadillos para almorzar los fines de semana —los días que ambos descansaban—, pasado el mediodía, siempre comíamos fuera de casa. Entre semana Reyna dejaba comida hecha, así que Sandra nunca tuvo la necesidad de cocinar.

Y referente a lo que Sandra no conocía de él:

Mi papá era muy temperamental, todo lo molestaba y tenía muy poca tolerancia a la frustración. Cuando se deprimía, le daba por jugar videojuegos en el ordenador durante horas, y si no tenía cigarrillos a la mano se volvía irritable en exceso; era un adicto crónico al tabaco.

Por algún tiempo llevamos un estilo de vida cómodo, nos podíamos permitir uno que otro lujo de vez en cuando. Sandra pidió una transferencia en su trabajo para dejar de trabajar en Cocotlán y poder hacerlo en San Isidro, si la obtenía, su semana laboral sería más relajada. Para ese entonces Irma estaba a un año de entrar a la primaria y yo a la secundaria. Todo este cambio y las nuevas exigencias familiares comenzaban a pesar, sin embargo, esto apenas estaba comenzando...

∞ ∞ ∞

Dos meses después de entrar al nuevo ciclo escolar, nuestro amado automóvil, aquel que nos daba movilidad por todos lados, nos fue robado; era un hermoso auto que mi papá adoraba tanto como a nosotros y que nunca quiso asegurar.

Mi papá se puso triste, enfurecido, frustrado y demás...

Primer Strike.

Casi a la semana del robo del auto, la empresa en la que trabajaba mi papá se metió en problemas de corrupción, lo cual le provocó un fuerte revés financiero. Esta se vio obligada a hacer recortes de personal. Mi papá, al ser empleado de confianza, fue

despedido sin miramientos, llevándose como única liquidación la mala reputación de haber trabajado en una empresa corrupta.

Mi papá estaba abatido...

Segundo Strike.

Mi papá siempre fue muy aguerrido y soñaba con montar su propia empresa, así que mientras tuvo el trabajo, estuvo comprando herramientas y materiales para poner en marcha su negocio sin algún día lo necesitaba, y... ¡ese día había llegado!

Rentó un local y lo que en su momento lo tomaba como pasatiempo —arreglar motores, transformadores, lavadoras y electrodomésticos—, ahora lo iba a tomar en serio como fuente de ingresos. Compró una caja fuerte para el local y guardo en ella algunos valores y bienes personales, pensó que ahí estarían más seguros que en casa. A la semana de haber inaugurado, abrieron su local y le robaron hasta el último tornillo... incluida la caja fuerte.

Mi papá estaba derrumbado...

Tercer Strike... ¡Fuera!

∞ ∞ ∞

Mi padre estaba devastado, su vida había dado un giro de ciento ochenta grados en menos de dos meses. Fue tan súbito y dramático el cambio que mi papá casi enloquece, había perdido hasta el último centavo que tenía. Él nunca tuvo el hábito del ahorro por dos razones: no confiaba en los bancos y prefería invertirlo en lo que sería su propio negocio, negocio que había perdido por completo.

Sabíamos que nuestro estilo de vida cambiaría, pero nunca imaginamos lo radical que sería. Sandra tenía un sueldo muy bajo como para mantener el ritmo de vida que llevábamos, así que solo nos quedó amarrarnos al barco —más bien ya era una balsa— y soportar de lleno la tormenta que poco a poco se convertiría en huracán.

Recuerdo que mi papá buscó apoyo con todas sus amistades. Necesitaba comprar herramienta, obtener un trabajo o, por lo menos, conseguir una recomendación donde él pudiera colocarse;

pero, al parecer, todas sus amistades dejaron de serlo en cuanto cayó en ese revés financiero.

Antes de la desgracia, escuchaba decir a mi papá que tenía bastantes amigos que lo apreciaban mucho. Mi padre tenía la errónea creencia de que, en caso de que surgiera alguna dificultad, cualquiera de sus amigos metería las manos al fuego por él. Vaya sorpresa que se llevó mi papá al ver cómo cada una de esas amistades le cerró la puerta en la cara a la hora de pedirles ayuda.

∞ ∞ ∞

Primera semana de crisis...

Despiden a la niñera y cancelan HBO junto con los demás canales de paga, ya no se compran dos cajas de cereales Kellog's, ahora es una bolsa de cereal de veinticinco pesos el kilo —alrededor de un dólar y medio—.

Dejamos de comer diferentes guisados de carne y postres para sustituirlo por huevos con jamón, sándwiches, quesadillas y chilaquiles cocinados por mi papá porque, justo en esos momentos, se dio cuenta de que Sandra no cocinaba absolutamente nada.

Para ir a la escuela, prescindimos del taxi, a partir de esa semana usamos el servicio público.

Segunda semana de crisis:

Cancelan la televisión por cable y el internet.

Nos sacan de la escuela particular y nos inscriben en una federal.

Santa Claus no llegará ese año con los regalos de siempre, lo explicaba una carta que todos recibimos.

Sandra al fin obtiene la transferencia a San Isidro, pero le hacen un recorte de dos horas diarias, lo que implica un menor sueldo.

Sandra saldrá del trabajo más temprano, pensamos que eso sería bueno porque así mi papá estaría menos neurótico al estar ella más tiempo en casa atendiéndonos; pero nos equivocamos.

La presencia de Sandra en casa empeora la neurosis de mi papá porque ella no hace absolutamente nada: no cocina, no limpia y mucho menos nos atiende. Además, si no hay comida lista cuando ella llega del trabajo, se molesta y prepara un par de quesadillas.

Estas deberán alcanzarnos hasta que llegue mi papá por la noche a preparar la cena.

Mi papá sigue buscando trabajo o ayuda de sus amigos... ¡nada llega!

Cuarta semana de crisis:

Aun cuando los gastos se reducen al mínimo posible, la espiral descendente va en picada y la relación de pareja empeora. Mi papá prácticamente obliga a Sandra a cocinar, le enseña cómo debe hacerlo y cómo tiene que limpiar la casa; Sandra aprende a realizarlo.

El dinero ya no alcanza para irnos a la escuela en el servicio público y nos vamos caminando. Mi papá, a menudo, pide prestado para cumplir con nuestras tareas de la escuela o comprar comida.

Sexta semana de crisis:

Mi papá comienza a dormir muchas horas y a jugar videojuegos más tiempo de lo habitual.

Normalmente lo vemos vestido con un pantalón de mezclilla y dos o tres playeras.

Con mucho trabajo se despierta temprano para llevarnos a la escuela y cuando regresa por nosotros, se nota inmediatamente que se acaba de despertar.

Nos da de comer lo que encuentra y se vuelve a encerrar para dormir o jugar.

Tercer mes de crisis:

Las discusiones entre Sandra y mi papá son cada vez más fuertes. Hay gritos, llantos e incluso, empujones de cualquiera de los dos.

Mis hermanos y yo vivimos permanentemente asustados porque a veces mi papá se desquita con nosotros y, otras veces, Sandra no nos da de comer porque está enojada con mi papá.

Faltamos con mayor regularidad a la escuela, ya sea por falta de material para la tarea o por no tener para el almuerzo.

Mi papá prácticamente no se despega del ordenador, juega desde que se despierta hasta que anochece.

Mi papá nos prepara lo primero que encuentra en el refrigerador, sale cada día a la tienda por una soda y un par de cigarrillos. Sandra se molesta con él por esas compras ya que el dinero no alcanza para lo más básico.

Las discusiones entre ellos empeoran.

Sexto mes de crisis:

Nos cambiamos de casa. De estar en una casa donde cabíamos todos de manera cómoda con espacios bien distribuidos, pasamos a una propiedad con dos habitaciones pequeñas y puertas que dan a un corredor que lleva directamente al baño. Este corredor lo utilizamos como comedor a la hora de la comida. No hay cocineta.

Mi papá, con la responsabilidad de cubrir los adeudos que se han acumulado, vende prácticamente todo: la mesa, la sala, la estufa, el refrigerador, el televisor y muchas otras cosas. Nos queda únicamente una parrilla eléctrica, un *frigobar* del tamaño de una caja para verduras, un ordenador muy viejo, dos camas, una mesa plegable, dos sillas de plástico —de esas que te regalan las refresqueras para promoción— y una bicicleta; eso es todo lo que tenemos en la nueva casa.

La casa no tiene puertas ni ventanas; sus acabados son de cemento pulido, y el acceso es a través de una escalera mal elaborada que tiembla peligrosamente cada vez que subimos por ella.

El predio tiene dos plantas que se rentan por separado, nosotros habitamos la planta alta. Este predio se encuentra dentro de una privada con un acceso tan angosto, que nadie hubiera pensado que había una casa al final. El acceso a la propiedad es un pasillo sin piso —es de tierra suelta que en días de lluvia se enloda completamente—, de dos metros de ancho y quince de profundidad.

La colonia donde está ubicado el domicilio es una de las peores, la peligrosidad de la gente que habita en el entorno es ampliamente conocida.

Mi papá sigue jugando en el ordenador, la barba le crece y no hace el menor intento por arreglarse, rara ocasión sale de su habitación y su humor empeora con los días.

Décimo mes de crisis:

El peor mes de todos...

¡La bomba explota!

¡¡¡Mi papá se entera que Sandra le fue infiel con un compañero del trabajo!!!

∞ ∞ ∞

Cuando Sandra y mi padre hicieron el acuerdo de vivir juntos estipularon algunos puntos. Entre ellos, que mi papá las protegería económicamente y, a cambio, Sandra haría el papel de madre con nosotros. No era un pacto de amor, era un pacto de conveniencia para ambas partes.

Al venirse la crisis, Sandra soportó la carga económica de cinco personas. Ya llevaba algunos meses haciéndolo con un sueldo que apenas llegaba a los cuatro mil pesos al mes — alrededor de doscientos cincuenta dólares—. Claramente, esta situación había roto el acuerdo inicial y la armonía.

Sandra no podía más, había ocasiones que, mientras se bañaba, la escuchaba renegar sobre la decisión que había tomado con respecto a mi papá. Algunas veces, la escuchaba llorando por las fuertes discusiones que habían tenido y, otras veces, la veía abrazando a mi papá diciéndole que iban a salir de todo ese embrollo, pero debía dejar esos videojuegos y salir a hacer cualquier cosa que fuera para obtener ingreso: vender pan, bolear zapatos... ¡cualquier cosa!, sin embargo, mi papá siempre anteponía su orgullo a la necesidad.

Creo yo que todos esos altibajos emocionales fueron generando en Sandra un grado de frustración y odio tal, que terminó acostándose con otro. No la justifico, pero viendo las cosas a distancia la puedo entender un poco. ¿Cómo es que se enteró mi papá? No lo sé, pero recuerdo ese día con mucho dolor...

Mi papá la jalaba del cabello mientras le gritaba: ¡maldita ramera!, ¡voy a matar al cabrón con el que te acostaste! Pero si descubro que tú fuiste la ofrecida... ¡también te voy a matar a ti!

Esa noche no dormimos, todo el tiempo escuchamos golpes, lloriqueos, gritos, cosas que azotaban contra el piso y la pared. Pensé que en cualquier momento entraría Sandra por su hija y saldrían de nuestra vida para siempre, o que mi papá en su impotencia y coraje, entraría a golpearlos para aminorar su rabia. Afortunadamente, nada de eso pasó.

Al día siguiente, mi papá nos llevó, a Manuel y a mí, a casa de mi abuela. Allí nos quedamos unos días en lo que mi papá arreglaba sus asuntos. Recuerdo esos días como un paraíso: comíamos distintos guisados en un comedor de verdad; mi abuela tenía un refrigerador suficientemente grande como para meter muchos víveres, no solo un vaso de agua como en mi casa; no había regaños sin motivo; mi tío mayor nos compraba juguetes y golosinas a discreción, y podíamos ver televisión por horas. ¡Nos sentíamos felices y tranquilos!

Unos días después, mi papá fue por nosotros. Cuando llegamos a la casa, Sandra y su hija estaban como si nunca hubiera sucedido nada. Mi hermano y yo, no sabíamos cómo actuar después de la tremenda discusión, así que aparentamos normalidad y no hicimos ningún comentario al respecto.

Debo detenerme en esta parte para aclarar algo...

Posiblemente se pregunten: ¿por qué, mientras duró la crisis económica, mi papá no nos dejó un tiempo con mi abuela o algún familiar como lo hizo en ese momento? Y la respuesta es: ¡Orgullo!

Él hubiera preferido morir, antes que admitir que había fracasado como padre y proveedor, ¡así de necio y orgulloso era!

A la semana de regresar a casa, mi papá nos llevó a la escuela en el servicio público. Al llegar a nuestro destino bajamos del autobús, cuando este se puso en movimiento, la llanta pasó por encima del pie de mi papá que, en un arranque de rabia, pateo al autobús con el mismo pie lastimado.

En México, las autoridades municipales siempre han sido un cero a la izquierda y las leyes no son respetadas. Puede decirse con toda certeza que es una «jungla» donde opera la ley del más fuerte.

La ley, al ser prácticamente inexistente, nunca le hubiera dado la razón a mi papá —por el simple hecho de tener menos dinero que la línea de autobuses—. Así que ni disculpas ni indemnización hubiera recibido por parte de ellos.

Después de ver al doctor —gracias al trabajo de Sandra—, se determinó que el autobús le había lesionado el pulgar de su pie derecho, sin embargo, lo que le ocasionó la fisura fue la patada que dio.

Su recuperación duró cerca de una semana en la que no se pudo levantar de una silla, hasta que el casero le pidió a mi papá que desalojara la casa por falta del pago del alquiler.

No teníamos a donde ir, si nos echaban nos quedaríamos en la calle. Mi papá, al ver la determinación del casero, le suplicó que no nos desalojara, que estaba dispuesto a llegar a un arreglo. El casero, después de pensarlo un poco, le dijo que podía ofrecerle una solución. Él estaba construyendo una casa que necesitaba algunos arreglos eléctricos, si mi papá los hacía, él le descontaría la mitad de un mes de renta que se le debía. Mi papá aceptó y me llevó como su ayudante porque su pie aún no estaba en óptimas condiciones.

Como mi papá había vendido todo, no teníamos más que una maleta negra vieja y rota; unas pinzas de electricista viejas que ya no tenían filo para cortar cable; unas pinzas de punta que ya estaban chatas; un cincel pequeño; dos destornilladores sumamente oxidados: uno de punta plana y otro de cruz; una cinta de aislar negra —de esas baratas que no pegan ni un pedazo de papel—; un multímetro barato, y una bicicleta para movernos; ese era nuestro inventario.

Cuando llegamos a la casa donde íbamos a trabajar, nos dimos cuenta que era una casa en obra negra. Los albañiles, al no tener la capacidad necesaria, habían realizado una instalación de porquería; era completamente inservible. Teníamos que abrir las paredes para encontrar los ductos, muchos de estos se habían llenado de cemento. En pocas palabras, debíamos realizar una instalación eléctrica completa, además de corregir los daños que habían ocasionado los albañiles.

El mes de renta que le debíamos al casero, era de ochocientos pesos, de los cuales nos tomaría a cuenta solo la mitad, o sea, cuatrocientos pesos —alrededor de veinticinco dólares—, cuando el costo real de ese trabajo era no menor a doce mil pesos —alrededor de setecientos cincuenta dólares—.

Mi papá se sintió robado y humillado. El casero se estaba aprovechando de su necesidad con saña; pero mi papá sabía que no tenía otra opción, era eso o irnos a la calle. Mi papá respiró fuerte y fue a pedirle al casero un martillo prestado porque no teníamos uno y necesitábamos ranurar bastantes metros de pared.

El casero le dio el martillo, un martillo tan inservible que la cabeza estaba a punto de separarse del mango. Cuando mi papá lo vio, se rio y dijo: «bueno... esto es lo que hay... y con esto lo haremos». Así que comenzó a martillar, pero por cuidar que no se botara la cabeza del martillo y nos lastimara, no estaba trabajando con eficiencia. Después de una hora, apenas había logrado quitar el yeso con el que se le había dado el acabado a la pared.

Yo ya había visto trabajar a mi papá con sus propias herramientas —aquellas que le robaron—, si las hubiera tenido, él ya habría ranurado varios metros —siempre fue muy eficiente en lo que hacía—, solo que, sin ellas, no podía aspirar a nada con esa instalación eléctrica.

Mi papá estaba muy frustrado y con mucho coraje, le dio tres martillazos a la pared gritando... ¡mierda!, ¡mierda!, ¡mierda!

Se quedó parado un momento, después se sentó mientras se recargaba en la pared, con la cabeza abajo y el martillo fuertemente aprisionado en su mano. Su comportamiento me asustó mucho y tuve la intención de abrazarlo. Cuando me acerqué a él no podía creer lo que estaba mirando... ¡mi papá estaba llorando!

¡Yo jamás había visto llorar a mi papá!, las lágrimas le escurrían por las mejillas y lo único que decía en voz baja era... ¡mierda!, yo no sabía si abrazarlo era lo correcto en ese momento, pero cuando lo hice, también me puse a llorar y le dije:

—No te preocupes papá, vamos a salir de esta, yo te voy a ayudar en todo, ¡ya no llores!

Cuando terminé de decirlo, mi papá lloró aún más fuerte y aventó el martillo lejos de su vista. Lloraba sin poder controlarse, estuvo así

alrededor de diez minutos hasta que se calmó, enjugó sus lágrimas, se limpió la nariz, me abrazó y mirándome a los ojos me dijo:

—¡Te prometo que vamos a salir de este maldito agujero de carencia!

Le di el martillo y volvimos a la tarea...

∞ ∞ ∞

Hacer ese trabajo nos llevó más o menos diez días porque el casero le consiguió un mejor martillo para trabajar. Al finalizar el trabajo, lo único que esperábamos era que nos condonara la mitad de la renta y ya. Eso por lo menos, nos ayudaría un poco con los gastos.

Cuando el casero revisó el trabajo nos agradeció y le dio a mi papá quinientos pesos —alrededor de treinta dólares—, le agradeció el trabajo y le dijo que el mes que le debíamos y el que venía ya los considerara pagados. Yo casi brinco de la felicidad y mi papá le agradeció mucho el dinero. Mi papá tenía casi un año sin haber trabajado, y no ver un billete de esa denominación para aportarlo al hogar, así que se le notaba una felicidad inmensa.

Lo primero que hicimos, fue comprar unos tacos dorados que costaban «tres tacos por cinco pesos» —alrededor de diez centavos de dólar por taco—. Yo le sugerí que mejor compráramos huevo o que nos comiéramos los tacos junto con toda la familia, pero el insistió en que nos merecíamos ese pequeño premio.

No pude evitar recordar la película de «Macario». Ese hombre que, debido a la pobreza en que vivía, nunca fue capaz de cumplir el sueño de toda su vida: comerse un pavo entero. Y no lo pudo cumplir porque su familia le quitaba, prácticamente de la boca, cualquier alimento. Así que, cuando su esposa se robó un pavo y se lo cocinó para que se diera el gusto, se fue al cerro para comérselo todo y no invitarle a nadie.

A punto de comenzar a comer, aparecieron dos hombres pidiéndole una parte de su pavo, «Macario» se negó rotundamente a compartirlo. Cuando apareció un tercer hombre vestido en harapos y le pidió un trozo de su comida, Macario le invito la mitad, ¡sí!, ¡medio pavo!

El hombre le agradeció y se sentó junto a él a comer. Cuando ambos terminaron, el hombre de negro le preguntó a «Macario» lo siguiente:

—Buen hombre, te agradezco el que hayas compartido tu alimento conmigo, pero, tengo una duda: Se ve que tenías mucha hambre, lo noté en la forma tan rápida y voraz con la que te comiste tu parte, ¿por qué me diste la mitad de todo un pavo, y no solo una pequeña pieza? Así hubieras comido más y hubieras saciado completamente tu hambre.

A lo que «Macario» respondió:

—Te reconocí inmediatamente, tú eres la muerte y has venido por mí. Te di medio pavo para que te tardaras bastante al comerlo y, de esa manera, yo tuviera el tiempo suficiente para comer mi parte. Si no lo hubiera hecho así, tampoco tú me hubieras dejado disfrutar mi comida.

Sigue una trama interesante después de eso, sin embargo, a «Macario» lo encontraron en el cerro un día después, muerto junto a... ¡medio pavo cocinado sin tocar!

Bueno, así me sentí en ese momento que compramos los tacos dorados: como «Macario».

Compramos unos cuantos tacos más para la familia y nos dirigimos a casa muy cansados, pero muy contentos. Sandra se alegró de ver dinero por parte de mi papá y a partir de ese momento, noté un cambio importante: vi un abrazo sincero entre ellos dos.

—¡Te amo! —le dijo Sandra—, vamos a salir juntos de esto, ya verás que sí.

A partir de ese momento, mi papá no dejó de trabajar por mucho que le disgustaran algunos trabajos o por muy poco que le pagaran. Por su parte, Sandra apoyaba a mi papá con compromiso; preparaba muy temprano el desayuno y el almuerzo para llevar. Al llegar, hacía la comida y la cena, nos ayudaba con las tareas, lavaba la ropa a mano, y abrazaba a mi papá cada vez que podía. Le dejaba cartas de amor y obsequios de bajo presupuesto, pero con mucho amor. A mi papá le encantaba la nueva Sandra, y a Sandra el nuevo Carlos.

Así fue como poco a poco fuimos saliendo del pozo.

Tardamos otro par de años en recuperarnos por completo y, durante ese tiempo, mi papá me enseñó mucho sobre su trabajo para que no me faltaran conocimientos en caso de emergencia como la que habíamos vivido.

Sandra se convirtió en una figura materna real, cálida, responsable y amorosa; nosotros como hijos, también respondimos mejor. Nos dimos cuenta de que cuando mi papá tenía dinero y armonía en su vida, no nos regañaba o castigaba. Se convirtió en un papá alegre y muy tolerante con todos nosotros, de hecho, admitió haber cometido errores y nos pidió perdón de corazón.

Hoy por hoy, quince años después de que esa mujer con maletas se presentara en la casa de mi abuela, y doce años después de la gran crisis de mi papá; vivimos en una casa con cuatro habitaciones, alberca y una cocina de tamaño excepcional. Tenemos una camioneta para nueve pasajeros y cada año, desde hace cinco años, hemos salido de vacaciones familiares a conocer otros estados de nuestro hermoso país.

Hace dos años, mi papá le pidió matrimonio a Sandra e hicieron una sencilla, pero muy bonita boda. Ambos son felices con su matrimonio y creo que durarán así por el resto de su vida.

¿Hubo consecuencias de la gran crisis? ¡Claro que sí!, sobre todo creo que dejó a mi papá muy afectado, puesto que ahora compra comida por cajas. Tenemos un pequeño armario de piso a techo y de pared a pared que está lleno de comida. Ahí se almacenan: enlatados, cereales, galletas y mucho alimento no perecedero; la alacena parece búnker de supervivencia. Todo es abundante, pero lo que impresiona son los rollos de papel higiénico, hace poco contamos cerca de trescientos; dice mi papá que, en la crisis, hubo un tiempo en que ni para comprar un rollo de papel higiénico les alcanzaba y que jamás piensa volver a pasar por eso, así que se previene con un excesivo número de estos por si acaso.

Su mentalidad sobre el ahorro cambió. Ahora, cada vez que cobra, guarda una parte en una cuenta de ahorro para no pasar penurias; tiene asegurada la casa, los carros y un seguro de accidentes personales para cada uno de nosotros; además, se asegura de tener siempre las mejores herramientas de trabajo.

Actualmente, mi papá tiene una caja fuerte en su recámara, dice que ahí solo guarda la motivación que necesita para nunca volver a caer en una crisis financiera similar. Le pregunté con curiosidad que guardaba ahí y me lo mostró...

Guarda una maletita negra, vieja y rota. Dentro de ella hay unas pinzas, un cincel y un martillo flojo. Le pregunté si el martillo era el de aquella ocasión, me dijo que sí. Se lo había comprado al excasero para guardarlo como un recordatorio de lo mucho que se puede hacer con una maleta de herramientas viejas, ganas de crecer y el amor de la familia.

Imaginándote

La pregunta no era ¿quién?... la pregunta era ¿cómo?

Mis padres ya están hartos de escucharme decir, una y otra vez, que quiero estudiar en el extranjero. Siempre he pensado que hay cosas mejores en otros lugares. Conocer otras culturas es una experiencia que nadie debería prohibirse.

No tengo novio y no es porque sea fea, más bien diría que se debe a que nadie me ha llamado la atención hasta el momento. Hace como cuatro años tuve uno, pero no salió como yo hubiera querido. En fin, creo que eso del amor no es para mí.

Mis amigas dicen que espero demasiado de una persona y que soy una tonta por creer en el amor a primera vista, yo creo que no, creo que cuando conozca al chico ideal sabré que es el indicado por cómo me haga sentir. Como sea, quiero viajar, y quizá logre enamorarme de un lindo europeo, algo que no he podido lograr aquí, en mi tierra natal.

A mis padres no les parece bien la idea de que me vaya a Londres a estudiar mi postgrado, dicen que está muy lejos, que intente en Estados Unidos o Canadá, pero tengo la corazonada de que no es en esos países donde yo podría encontrar la felicidad. Londres es el lugar perfecto para mí: tiene el clima ideal, las personas son sofisticadas y en sus universidades no ponen tantas trabas para admitir extranjeros; además, tengo calificaciones excelentes, una conducta impecable y cero vicios. Creo que, con estos atributos sumados a mi recomendación escolar, tendría una excelente oportunidad de lograr establecerme en una universidad londinense. Por otro lado, mis papás pueden estar tranquilos respecto a mí: nunca he sido de fiestas, alcohol, tabaco, drogas o promiscuidad.

Bueno, dejaré de pensar por un momento en la escuela y me enfocaré en la boda. ¡Por Dios!, mañana se casa mi amiga y no puedo creer que lo haga tan pronto. Tiene solo tres años de conocer a su novio y ¿ya se van a casar?, ¡es absurdo!, además... ¡basta!, creo que en realidad estoy celosa de ella. Si debo ser honesta —por fortuna nadie escucha mis pensamientos— me encantaría vivir algo así, aunque... creo que eso no sucederá nunca.

¿Qué debería hacer para encontrar a mi verdadero amor?, una pregunta para la que no tengo respuesta. Cuando pienso en eso, una serie de sentimientos encontrados me confunden: por un lado, tengo muchas ganas de presenciar lo que yo considero un acto de amor verdadero y, por otro lado, deseo no presenciarlo porque me pone triste y me provoca mucha envidia. ¡Yo quisiera vivir algo así!

Por fin estoy en la tan esperada boda, veo a mi amiga tan feliz y dichosa que siento un vacío en el estómago por la emoción; algunas amigas miran a sus novios con ojos de: «¿y tú, cuando piensas proponerme matrimonio?», y eso me provoca un sentimiento de mayor soledad.

A pesar de estar rodeada de tantas personas que conversan de cualquier tontería, no me integro a su plática, mi mente se autogobierna y comienza a pensar lo siguiente:

En cualquier momento aparecerá un chico guapo de entre los invitados y me invitará a bailar. Ese chico será tan atractivo que mis amigas me envidiarán, y lo harán aún más cuando observen que nuestras manos se toman con fuerza y nuestras miradas no se separan. Todo esto ocurrirá al tiempo que mil mariposas de colores invaden el jardín donde nos encontramos.

Verán que su conversación es tan amena y divertida que no paro de reír mientras bailo con él. Después, saldremos de la pista de baile para buscar un lugar más íntimo, un lugar donde podamos mirar las estrellas con tranquilidad. Ahí, solos los dos, me declarará su amor, un amor que ha tenido dentro de su corazón por bastante tiempo; me dirá de una manera nerviosa que está perdidamente enamorado de mí y que no puede esperar más para pedirme que sea su esposa. Yo le contestaré que sí y planearemos en ese mismo instante nuestra boda.

Mis padres y los suyos estarán completamente de acuerdo, recibirán la noticia con inusitada alegría y planearán una gran boda con todos los parientes y amigos. Al nacer nuestro primer hijo, seremos inmens...

Un fuerte tirón en mi brazo me sacó de la auto hipnosis que me estaba administrando. Susana me arrastraba a la pista de baile al tiempo que me rogaba que fuéramos porque le daba vergüenza que la vieran sola. Así, de un solo golpe, terminó la felicidad que al fin había encontrado con mi príncipe azul.

Llegamos a la pista y comenzamos a bailar, evitaba a toda costa hacer el ridículo por si se materializaba mi sueño y algún chico lindo me miraba; pero no, nadie se me acercaba. Traté de darle una oportunidad más por si estaba distraído o se le había hecho tarde para llegar, pero honestamente, ya estaba cansada de bailar y esperar, así que decidí sentarme y tratar de continuar mi sueño donde lo había dejado, pero no lo logré. Cuando pasó el protocolo y bailé un rato más pensé que era hora de irme, así que me despedí de todos, dejé el jardín y pedí mi Uber. Casi deprimida me fui a casa.

Estaba algo triste y decepcionada por no haber encontrado al amor de mi vida, pienso que posiblemente lo encontraré en otro lugar, en otro momento. Mi mamá dice que esa clase de amor llega a nosotros en los momentos menos esperados, y mi papá dice que esa clase de amores no existen. Él piensa que es una simple atracción física, un jugo de químicos potentes haciendo de las suyas con alguien con quien químicamente empatamos. Sea que tenga razón o no, me siento frustrada y decido textear un rato con Susana que sigue en la fiesta.

Hace como dos años estuve tan obsesionada con eso del amor verdadero y a primera vista, que logré sacar a mi papá de sus casillas, desesperado salió de la casa y regresó una hora después con unas hojas engargoladas que me entregó en la mano. El título de la primera hoja decía: «Hija, te amo, pero debes leer esto». Naturalmente, me intrigó y pensé en lo peor. Mi papá me sugirió que me fuera a mi recámara a leerlo y eso hice.

Cuando abrí el documento comencé a leer una serie de estudios e investigaciones resumidas sobre temas relacionados con la

atracción, el amor, el afecto, la seducción, etcétera. Era un compilado de explicaciones científicas del enamoramiento y todo lo que gira a su alrededor. Estas explicaciones argumentan que el enamoramiento es una simple combinación de jugos químicos que generan empatía entre dos personas y que, al combinarse con ciertos juegos mentales, dan como resultado una atracción que facilita la reproducción, incluso recuerdo uno en especial que explicaba que era una cuestión de genética. Exponía que lo que llamamos amor a primera vista, no es más que la genética empatando facciones, caracteres especiales, aromas imperceptibles y una serie de códigos que tienen como objetivo la reproducción certera de la especie humana, algo así como que vamos por la calle y nuestro cerebro reptil va escaneando rostros, cuerpos y hormonas para encontrar el emparejamiento perfecto.

Mi papá hizo todo lo que estaba en su poder para quitarme esas cursilerías de la mente, pero aquí sigo dos años después, creando escenas tontas en todos lados: en la cafetería de la escuela, en la boda de mi amiga o hasta en el autobús. Sigo imaginando historias cursis y tontas acerca de cómo podría encontrar al amor de mi vida; de cómo nos miraríamos y caeríamos rendidos ante el amor a primera vista; de cómo después de casarnos y tener dos hijos construiríamos nuestros recuerdos en una hermosa casa; de lo fuerte que sería nuestro amor; de que nada tendría más importancia que el estar juntos.

Con este tipo de pensamientos me he quedado dormida varias veces —soñando con mi príncipe azul y viviendo felices para siempre—, que hasta lo he catalogado como un sueño recurrente.

∞ ∞ ∞

Ha pasado un año y sigo soltera. No he tenido la suerte de encontrar a mi amor perfecto y, si debo ser honesta, creo que nunca lo encontraré. Sin embargo, debo admitir que esos pensamientos pasaron a segundo término porque... ¡logré convencer a mis padres de irme a estudiar a otro país!, ¡en tres días me voy a Londres!, ¡tengo una felicidad que no me cabe en el pecho! Ya arreglé mis

maletas y tengo todo listo: estoy inscrita, renté mi habitación y mi compañera de cuarto ya está allá.

Estoy lista para partir de casa. Mis papás parecen no estar muy de acuerdo, pero me apoyan. Saben que esto es un paso hacia adelante y que me hará mucho bien conocer y tener otras oportunidades de aprendizaje, mi beca es completa y eso ayuda a que no sientan la carga de los gastos. Mi papá solo me implora que no termine embarazada, que no me deje deslumbrar por los chicos extranjeros y, como contraparte, mi mamá cree que me casaré con un londinense. Por fortuna para mí, en lo último que pienso es en el amor y esas cosas, supongo que este llegará cuando deba llegar. Ya no me preocupo por ello.

Por fin, el día esperado. El aeropuerto está frío y lleno de gente, mi familia está aquí para despedirme y mis padres parecen haberse resignado. Mi mamá no deja de recordarme que me desheredará si no le hablo todos los días; mi papá sólo me pide que no me meta en problemas, que no les haga caso a los chicos, que soy carne fresca para ellos y que no debo caer en sus juegos; mi abuela, me obliga a ponerme el suéter, me ruega que no olvide mis modales y que siempre recuerde lo mucho que me ama. Pienso en lo afortunada que soy: tengo una familia adorable que solo merece respeto y amor de mi parte.

Ya es hora de entrar al avión, ¡qué emocionada estoy!

Guardé la bolsa de mano y no pude evitar ver el maletín que estaba en el compartimiento contiguo, estaba muy maltratado, pero se veía hermoso, parecía una reliquia.

Al tomar mi asiento, choqué accidentalmente con el dueño del maletín, un señor de unos treinta y cinco años que, al parecer, me estaba observando desde que guardaba mi bolso. Cuando lo miré a los ojos me di cuenta que era un hombre muy atractivo. Y entonces, con una gran sonrisa que mostraba sus blancos dientes me dijo:

—Espero que no te hayas lastimado.

—¡Oh, claro que no! —respondí apenada—, creo que yo fui la culpable.

—Hola, me llamo Francis Gothe —me dijo con una voz grave y ronca.

No tenía intenciones reales de hablar con él, no lo conocía. La verdad, no sé de qué se puede hablar con una persona de su edad —tengo veintitrés años y no creo que empatemos demasiado conversando—, así que le di una breve respuesta y cerré la boca; pero al parecer, este señor quería hablar más. Como no quería ser grosera manteniéndome callada las siguientes diez horas, continué con la plática. Entre tonterías y curiosidades transcurrieron las diez horas, se fueron como agua entre las manos.

Parecerá una tontería, pero nunca pensé que me fuera a gustar tanto una persona como Francis. La verdad es que me cautivó por completo y me encantaría poder llegar a más con él. Sé que es una tontería porque apenas lo conozco, él qué podría sentir hacia mí. No obstante, pensar en la idea me fascina.

Intercambiamos números telefónicos para poder continuar nuestra conversación más adelante y nos despedimos sin muchas ganas de hacerlo. Sé que a pesar de lo que dijimos no volveremos a vernos, seguramente no existirá otra oportunidad como esta y, por raro que parezca, admito que nunca me había sentido tan enamorada. Ahora comprendo que no estaba tan errada con respecto al amor a primera vista, pero como dijo mi padre: «ubícate en la realidad, no puedes ir por la vida creyendo que la primera persona que te gusta será tu amor eterno».

¡Ahora lo entiendo!

Ese momento de «amor a primera vista» ¡es un mensaje!

Te muestra cómo debes sentirte el día que te enamores de verdad y... debo aceptarlo... ¡hoy lo supe!

Todo lo que necesitas es amor

¡Gracias! Eres quien hizo de mi vida... ¡algo hermoso!

Ya estoy cansado de llorar, de buscar motivación en libros, seminarios, videos y música. El mundo me parece gris y sin importancia. Todo lo que hago es por obligación y así debe ser, porque de otro modo moriría de hambre o me echarían de la casa. Tengo que soportar cada día el tráfico, los pitidos de claxon, los motores estruendosos... ruidos tan ensordecedores que, a pesar de mantener las ventanas cerradas, siento enloquecer y odiar el mundo que me rodea.

Llegar a la oficina es un suplicio, tengo que ocultar mi fastidio para saludar con cortesía. Cada vez que mis compañeros presumen sus logros, sus vacaciones o su ropa nueva, me gustaría gritarles: ¡Déjenme en paz! ¡Su vida no me interesa!

Estoy cansado de escuchar timbres de teléfono, murmullos en los pasillos, tacones en el piso, chistes gastados, videos estúpidos y muchas otras cosas que ponen a prueba mi paciencia.

Vivir eso todo el día, todos los días y a cada momento, debilita poco a poco mi espíritu. He perdido la cuenta del tiempo que llevo así. A veces, un par de cervezas lo arregla, pero la mayoría de las ocasiones ni ganas de beber me dan.

Cuando llego a casa, boto las cosas en el primer lugar que veo, abro el refrigerador y saco lo primero que se pueda comer: ¿comida rápida y una lata de soda?, ¡por qué no!, ¡todo me da igual! Enciendo el televisor y busco en plataformas de streaming algo diferente para ver: romance, comedia, terror, suspenso, acción, documentales... ¡Diablos!, ¿en serio no hay nada?, ¿las mismas porquerías, los mismos diálogos estúpidos, los mismos efectos especiales, los mismos finales «felices»?... ¡Con un carajo!, eso no pasa en el día a día. ¿Acaso no ven cómo mis vecinos pelean hasta

la madrugada por el alcoholismo de él o la obesidad de ella?, ¿qué no ven cómo los recién casados mandan «sexting» a un desconocido o a una vecina nueva?, ¿acaso no me perciben?, ¡estoy en modo soledad!... ¡Malditos guionistas y escritores!, fabrican mundos color de rosa y no hay más que mierda por doquier...

Cansado de tanta porquería me voy a dormir, no tengo ganas de bañarme, estoy tan molesto y apático que, incluso mi cuidado personal ha dejado de interesarme.

Me tiro en la cama con el celular a ver más estupideces de mierda. ¡Malditas redes sociales!, ¿por qué no pueden quitarme este fastidio y esta apatía?... ¡pornografía!, ¡eso ayudará!

Un par de orgasmos después me he agotado lo suficiente para conciliar el sueño.

Ya es jueves y me dirijo al trabajo, estoy tan cerca del fin de semana que el día se me hace eterno: sexo, comida, cerveza, visitas obligadas a la familia, más comida, más sexo y... a dormir. ¡El mismo maldito fin de semana de siempre!

Por fin, he llegado al trabajo.

—¡Hola, Marcos! —me saluda Octavio, dándome un suave golpe en la espalda—, el sábado hay fiesta en casa de Mauricio, habrá cerveza y unas cuantas hembras, ¿contamos contigo?

—¡Sí... claro! ¡Allá los veo! —le contesto con ánimo fingido.

∞ ∞ ∞

Despierto, es sábado. Permanezco en cama hasta pasada la una de la tarde, tengo hambre y pienso que un plato de cereal con leche estará bien por el momento. Los trastes están sucios y ya no tengo cucharas limpias para comer, pero... ¿quién me obliga a comer con cuchara? Sorbo del plato, los cereales que se quedaron pegados los alcanzo con los dedos. Otro traste arrojado al fregadero, en algún momento deberé lavarlos, pero no será hoy.

Observo la cama y no estoy seguro de cuando la tendí por última vez, las sábanas ya tienen casi un mes que no las cambio y pienso: ¡qué asco! Finalmente me tiro en ella, prendo la televisión y veo

cualquier cosa que se transmite. Vuelvo a dormir un rato más y me despierto con jaqueca, tengo mucha hambre, pero no tengo comida.

Decido comerme una salchicha envejecida y una rebanada de queso que encontré dentro del refrigerador. Acompaño mi menú con unas galletas saladas que ya no crujen. Tengo más hambre, son casi las seis de la tarde y la reunión es hasta las ocho, no creo que allá me inviten de cenar, así que salgo a la calle para buscar algo de comer: una hamburguesa estará bien.

Me dirijo hacia un restaurante que se encuentra a un par de calles del departamento.

—Buenas tardes —saludo de manera mecánica—, una hamburguesa con queso y una soda de cola, por favor.

No tengo ganas de alzar la mirada para ver quién me atiende, me encuentro sumergido en alguna tontería de Instagram o Youtube.

—Enseguida —contesta la mesera.

Unos minutos después llega mi hamburguesa.

—¿Vas a querer algo más? —pregunta la mesera con un tono suave y casi amigable.

Levanto la vista y la observo, ¡me quedo sin palabras!, estoy viendo a una mujer hermosa, con una sonrisa preciosa y una piel que se antoja muy suave; tiene el cabello largo, ondulado, brillante y tan sedoso, que casi puedo sentir su suavidad en mis manos.

—Hola, ¿te puedo traer algo más? —vuelve a repetir.

La verdad es que no pongo atención en lo que me dice, solo quiero escuchar la nitidez de su voz y su timbre tan suave, tan sensible, tan hermoso... No puedo dejar de mirarla a los ojos, unos hermosos ojos cafés con pestañas largas. Y qué decir de sus labios, son carnosos, rosados y naturalmente delineados. No lo puedo creer, es... increíblemente... ¡hermosa!

—N... no, gra... gracias —le contesto tartamudeando.

Mi pecho casi no jala aire, me siento extrañamente torpe y ni siquiera sé lo que quiero o si quiero algo más. No puedo pensar con claridad. ¿Ahora qué hago?, ¿qué le digo?, me repito una y otra vez, sin poder despegar la mirada de sus ojos.

—Bueno, estaré al pendiente por si se te ofrece algo más —comenta divertida—, solo tienes que llamarme.

Y se va, haciendo un mohín coqueto mientras se aleja.

Comienzo a comer un tanto extrañado por mi reacción hacia ella. Entre mordidas a mi hamburguesa y miradas al celular la estoy buscando tras la barra, pienso en cómo hablarle sin verme como un estúpido. ¡Ya sé!, leeré su nombre en el gafete e intentaré iniciar una conversación. Tengo que ver nuevamente esa hermosa sonrisa...

El timbre de mi iPhone me sacó de mis pensamientos.

—Bueno —contesté.

—¿En dónde estás?, —grita Octavio al otro lado de la línea—, vamos a necesitar más cervezas y frituras, ¿puedes traerlas?

—Sí, yo las llevo —respondo de manera seca y cuelgo.

Mientras termino de comer, estoy pensando, de manera cruzada y confusa, en las cervezas que me encargaron y en la sonrisa de ese ángel que acabo de conocer.

Busco con la mirada a la bella mesera y, cuando nuestras miradas se cruzan, la llamo con un ademán.

—¿Te puedo ofrecer algo más? —pregunta, sonriéndome.

—La cuenta por favor —contesto con palabras entrecortadas.

—¡Claro! En un minuto te la traigo —exclama sonriendo.

Al regresar con la cuenta, le pregunto su nombre.

—Me llamo Ariadna, mucho gusto —contesta, al tiempo que me tiende la mano.

—Ariadna... hermoso nombre —declaro, estrechando suavemente su mano—. Mucho gusto Ariadna, soy Marcos.

Ambos sonreímos con franqueza y nos despedimos.

Con su nombre grabado en mi cabeza, me dirijo como un autómatas a comprar lo que me habían encargado para la fiesta. Llego, saludo e inmediatamente me pongo a beber como de costumbre, pero esta vez en lugar de flirtear con mujeres y llenarme de alcohol, me sumerjo en el hermoso recuerdo de Ariadna. Mi mente se ha encargado de rebobinar todo nuestro encuentro, una y otra vez, hasta que queda tatuado en mi memoria.

Usualmente, me habría quedado en la fiesta hasta la madrugada, marchándome a mi departamento con una mujer cuyo nombre no hubiera podido recordar; me habría despertado por la tarde, husmeando con desesperación en la alacena buscando con qué aliviar mi resaca... ¡Pero no!, ¡hoy no será así!, hoy no tengo ganas

de emborracharme hasta perder el conocimiento. Tampoco me apetece acostarme con cualquiera que se me ponga enfrente. Hoy sólo tengo ganas de pensar en Ariadna, ¡hoy!, solo soy para ella.

Me retiro antes de las once de la noche, pido mi Uber y le doy la dirección de mi departamento. Al llegar, no puedo evitar asquearme cuando miro detenidamente la pocilga en la que vivo. Sacudo un poco mi cama, me quito los pantaloncillos y me meto entre las sábanas... ¡Ariadna!... sólo puedo pensar en ti.

Al día siguiente, como si una fuerza invisible me moviera, me despierto temprano con mucha energía y decisión para arreglar mi departamento a fondo. Salen, una tras otra, bolsas llenas de basura, siento una profunda tristeza y lástima al descubrir que últimamente me he estado alimentando, en su mayor parte, de comida chatarra, soda y cerveza.

¿Cómo pude llegar a esto? ¿Cómo fue que me descuidé tanto? ¿Cuándo fue la última vez que tomé una relación en serio? Creo que mi mente nunca había trabajado tanto como este día.

Durante la faena de limpieza, solo puedo imaginar en cómo le gustaría a Ariadna que se viera el departamento.

Son las cuatro de la tarde, no he comido nada y tengo un hambre increíble; debo llevar la ropa a la lavandería.

Me dirijo al pequeño restaurante... ¡espero ver a Ariadna!

—Hola, Ariadna —la saludo cuando la veo de espaldas.

Ella voltea, me mira y con una hermosa sonrisa responde:

—¡Hola, Marcos!, ¿cómo estás?, ¡me da gusto verte otra vez!, ¿qué vas a pedir hoy?

Pido algo de comer y, muy nervioso, le pregunto si tiene algún tipo de compromiso sentimental con alguien. Para mi buena fortuna contesta que no, y entonces la invito al cine para cuando salga del trabajo. Contra todo pronóstico ella acepta —honestamente pensé que me rechazaría— y le dije que estaría con ella cuando su turno terminara.

Salí disparado a arreglarme. En la calle, la gente se me quedaba mirando: yo iba sonriendo, cantando y haciendo uno que otro paso ridículo de baile.

La cita fue hermosa, nos divertimos mucho y la pasamos muy bien. Al final, la llevé a su casa e hicimos planes para vernos otro

día.

∞ ∞ ∞

Ya ha pasado un año desde esa ocasión y me siento como una persona totalmente diferente, mi familia y amigos me lo dicen. Los resultados en mi trabajo son mejores y mi departamento ya parece un lugar digno para vivir. Dejé mi vida de promiscuidad y me alejé del alcohol lo suficiente para poder disfrutar de un par de copas... solo con Ariadna... mi novia.

Mi vida se llenó de luz cuando conocí a Ariadna. Me siento mejor, lleno de energía y con ganas de vivir intensamente. Le encuentro el lado más positivo a las cosas, y todo lo puedo resumir en una frase:

¡¡¡Soy endiabladamente feliz!!!

Hoy, la invitaré a cenar a un lugar muy exclusivo y esperaré a que todo salga bien...

Me acerco a ella después de cenar y beber un vino delicioso, estoy un poco nervioso...

—¡Ariadna! —le digo con vehemencia al tomarla de la mano y mirarla fijamente—, puedo jurarte que nunca he sido tan feliz como después de haberte conocido. Te amo y te amaré hasta mi muerte. Tú eres quien ha hecho de mi vida algo hermoso...

—¡Ariadna!... ¿Te gustaría hacerme el hombre más feliz del mundo, casándote conmigo?

Ella me observa con esa sonrisa que me cautivó desde el primer día. Rodea mi cuello, me mira fijamente por un par de segundos y finalmente contesta:

—¡Sí, mi amor! ¡Nada me haría más feliz que ser tu esposa!

Nos besamos y supe, sin lugar a dudas, que lo mejor de mi vida estaba por llegar.

Libertad

Entendí que la libertad siempre estuvo en mi interior

Tengo muchos meses buscando una respuesta a la pregunta más básica del adulto:

¿Soy realmente feliz?

En ocasiones la respuesta es: sí.

Entonces...

¿Por qué sigo experimentando este vacío?, ¿esta sensación que me indica que es un autoengaño?

Me siento impotente y no sé cómo lidiar con eso...

∞ ∞ ∞

Mi esposo, a veces se levanta de la cama como si solo existiera él en el mundo, solo en contadas ocasiones me ha preguntado cómo me siento en la casa o cómo les va a los niños en sus actividades diarias. Aunque es agradable escucharlo, no puedo evitar sentirme triste la mayor parte del tiempo. Probablemente suene cursi, pero hay ocasiones en que me gustaría escuchar algunas palabras románticas de su parte, algo que me haga recordar el porqué elegí esta vida a su lado.

Tengo cuatro hijos que cada vez se hacen más distantes e independientes: Lorena, de quince años, difícilmente logra darme un beso o una muestra de cariño; Santiago, de trece años, ya le avergüenzan mis demostraciones de amor de madre ante sus compañeros; Martha, con nueve años de edad, solo se preocupa por tener las mejores muñecas para presumirlas con sus amigas; y por último, Karina, mi pequeña de casi cuatro años, de ella sí recibo un verdadero afecto, aunque prefiere más la compañía de su papá o de sus hermanos.

¿Será este el destino de la mujer cuando forma un hogar? Me lo pregunto a menudo, algunas veces triste y otras consternada.

Creo que la verdad sobre la maternidad es esa: un marido que está contigo por los hijos, y unos hijos que poco a poco te van relegando de su vida hasta que te vuelves completamente invisible para todos. ¿Será que, yo misma termine por olvidarme de todo y me sumerja de lleno en el abandono personal?

Esto último lo he pensado tan fuerte, que algunas palabras sin sentido salieron de mi boca.

Antonio, mi esposo, me mira y me pregunta con tono de curiosidad:

—¿Qué tienes, Beatriz? Te noto algo ausente y hablando sola otra vez.

—¿Te has puesto a pensar en que algún día los niños nos dejarán y nos quedaremos solos? —le dije con convicción y algo de fastidio —, los niños nos van a dejar. Mira a tu alrededor: Lorena, vive sólo para sus amigos y la escuela, ya ni siquiera me pregunta cómo estuvo mi día; Santiago, cree que mis atenciones hacia él lo hacen ver delicado y quiere ser tratado como hombre; Marta, vive en su mundo de muñecas; y Karina, te sigue más a ti y a sus hermanos que a mí...

—¡Antonio! ¿Me estás haciendo caso? —le reclamé molesta, haciendo un esfuerzo por no alterarme al ver que no me estaba poniendo atención.

—Beatriz, estás dramatizando, ¡tranquilízate! —me contestó en un tono relajado y algo alegre—. Las cosas no son así como las ves. Si hubiera algo de cierto en lo que dices, los niños se drogarían, serían unos completos inútiles; además, tendrían una actitud grosera hacia nosotros. ¡Algo que jamás les permitiríamos!

—¡Pero si ya son unos groseros! —repliqué con enojo y me fui a la recámara sin decir más.

Estaba totalmente enojada, cómo era posible que Antonio no viera lo que estaba sucediendo con nuestros hijos, no podía creer que me lo hubiera dicho en serio; de repente, algo pasó...

Pasé junto al espejo de cuerpo entero que tenemos en nuestra habitación y me detuve abruptamente, vi el reflejo de una persona que no conocí. Había una persona despeinada, con el pijama puesto

a las diez de la mañana, ojerosa y con el maquillaje corrido; también, estaba vieja y muy gorda.

Sentí pánico, mucho pánico. ¿Dónde estaba yo? ¿Dónde estaba esa persona que siempre creí que era? ¡¿Dónde?!

En ese estado de shock recordé algo que me había sucedido unos meses antes. Paty, mi amiga, había ido a visitarme, estábamos bebiendo una taza de té y platicando alegremente, cuando en la conversación salió a relucir mi rol de ama de casa:

—Betty, la culpa la tienes tú por haber entregado tanto sin pedir nada a cambio —me dijo Paty, mientras yo veía, con cierta envidia, su esbelta figura y lo impecable de su arreglo personal—. Mira en quién te has convertido... ¡en una ama de casa!

—Bueno —respondí a la defensiva—, eso no tiene nada de malo. Soy feliz con mi familia y el hogar que hemos formado.

—No me mal entiendas Betty —continuó Paty con un tono un poco avergonzado—, no te estoy juzgando, solo que... ¡tenías tanto potencial!, y ¡mírate! No digo que la vida que lleves sea mala, pero, para ser del todo honestas, sabes que podrías haber tenido más. Ahora ni siquiera convives con nosotras, tus amigas de toda la vida.

En ese entonces, pensé que lo que decía Paty era una tontería y una falta de respeto a su familia, ella está casada y tiene dos hijas; pero el caso es que, ahora que el espejo me ha mostrado esta terrible versión de mí, creo que siempre tuvo la razón. Sí, creo que la culpa de la situación en la que estoy ahora es completamente mía. Les he dado cada gota de mi fuerza; les he entregado toda mi atención y todo el amor del que sido capaz de dar, y ¿que he recibido a cambio? ¡Nada!, obligaciones, indiferencia y...

¡Esto no es justo!

Con determinación, le envié un mensaje a Rebeca.

Normalmente, algunas de mis amigas de antaño se reunían con bastante frecuencia —por lo regular en algún restaurante— para platicar y beber café después de llevar a sus hijos al colegio. Siempre habían querido integrarme al grupo, pero yo nunca había aceptado. Les decía que el hogar y mi familia requerían cada minuto de mi tiempo, que se me complicaba mucho acompañarlas. Ellas, terminaron por ya no insistir ante tanta negativa.

En el mensaje le preguntaba dónde estaban reunidas y si podía unirme. Rebeca contestó que por nada del mundo se perderían la oportunidad de poder saludarme.

Me metí a la ducha y tardé treinta minutos bañándome —algo que por los niños y los quehaceres del hogar rara vez me permitía—. Cuando salí, busqué el estuche completo de maquillaje que casi nunca usaba y un vestido con el que pudiera lucir bien. ¡Me peiné, maquillé y vestí! Decidí arreglarme como si fuera a una cita romántica. Tomé mi bolso y me encaminé hacia la puerta. Los niños estaban en la escuela y Antonio descansaba ese día, así que decidí salir y regalarme un poco de tiempo con mis amigas.

Ya estaba por salir de casa cuando escuché a mi esposo decir:

—¡Vaya!... ¡Qué guapa te ves!, ¿a dónde vas?, ¿todo bien?

Giré para mirarlo y, con una sonrisa de satisfacción, le comenté que saldría con mis amigas a la plaza comercial a pasar un buen rato. Le dije que volvería más tarde y le pregunté si no tenía inconveniente en preparar algo de comida para los chicos, que yo pasaría por ellos a la escuela. Él me miró con extrañeza, pero al final sonrió y me dijo que sí, que me divertiera con mis amigas y me dejó ir sin preguntar más.

Tomé las llaves del auto, cerré la puerta y conduje hacia la plaza.

¡Estaba emocionada! Mientras manejaba iba cantando a todo pulmón y bailando alocadamente cada canción que transmitían por la radio. Asombrada, me percaté que me sentía inmensamente feliz, hacía mucho tiempo que no me sentía así de radiante, de libre, de plena. Ahora tenía sentido el comentario que me había hecho Paty. Así que decidí adoptarlo y pensaría más en mí. Los siguientes veinte minutos estuve pensando en cuánto tiempo había perdido tratando de complacer solamente a mi familia y... ¡cuánto me había olvidado de mí misma!

Al llegar a la plaza, me sentía algo nerviosa. Era muy probable que mis amigas hicieran algunos comentarios burlones o sarcásticos sobre mi aspecto. Me dispuse a preparar mis respuestas, tratando de ablandar un poco mis sentimientos para lograr ser más asertiva al responder. Tomé aire y caminé con paso seguro mientras me aseguraba de que no hubiera nada fuera de lugar en mi atuendo y maquillaje, no quería verme mal después de tanto tiempo.

—¿Hola señoritas?, ¿cómo están? —dije con tono vivaracho al saludarlas.

Todas saludaron efusivas e hicieron los comentarios que había previsto.

—¡Amiga, qué emoción!, ¡tenía tanto de no verte! —dijo Rebeca.

—¿Qué te pasó amiga?, ¿qué hiciste para que tu marido te dejara salir? —Esa era Carla y sus comentarios «graciosos».

—¡Amiga!, ¿subiste de peso? ¡No te preocupes!, ¡yo tengo una dieta buenísima que te da resultados en tres días! —Ella era Madrid, la reina del *fitness* y las dietas.

—¡Vaya, vaya!, pero miren quién salió de casa —exclamó Paty tocándome el hombro detrás mío—. ¡La Bella, siempre encerrada en su castillo, ha salido y ha visto la luz!

Por un momento me sentí abrumada, incluso algo ofendida, pero entendí que sus comentarios no tenían como objetivo lastimarme, más bien, creo que deseaban apoyarme a «su manera». Después de los saludos obligados, básicamente hablamos de uñas postizas, remedios caseros para el cabello, cremas para la cara y una serie de cosas que ya no recuerdo. El tiempo pasó entre risas, comentarios tontos y chismes entretenidos. Me sentí como en un lugar fresco de donde no quería salir.

—¡Ufff!, Camila ya casi sale de la escuela y debo pasar por ella. —dijo Carla, mirando su reloj y saliendo con prisa después de pagar su cuenta.

Yo la estaba pasando tan bien que no me había percatado de la hora, también tenía que ir por mis hijos y ya se me había hecho tarde. Me levanté de la mesa y entre sonrisas, besos y abrazos, me despedí de las chicas. Me sentía como nueva, como si hubiera respirado una bocanada de oxígeno puro, en medio de un ambiente lleno de esmog.

—¡Beatriz! —me dijo Madrid que también se estaba yendo—. Nos encantó verte aquí, espero que nos acompañes más seguido. Los lunes y viernes nos vemos aquí en la mañana, y los martes y jueves llevamos a los niños al Centro Revolución para sus clases de *Tae Kwon Do*, eso es por la tarde. Siempre aprovechamos el tiempo para comer algo o platicar, te lo digo por si te interesa venir más seguido con nosotras.

—¡Claro, me encantaría! —le contesté con un tono alegre—, me la pasé muy bien. Voy a poner algunas cosas en orden y dalo por hecho, ¡nos veremos más!

Nos retiramos y me apresuré para llegar por los niños.

Mientras manejaba, estuve pensando en lo bien que se sentía salir con mis viejas amigas, en lo mucho que me alejé de estas agradables reuniones y lo enfadada que estaba con Antonio y los niños por haberme encerrado en sus demandas. Me había estado perdiendo de todo esto con tal de ser la madre ejemplar, la resignada y sacrificada madre que solo vive para hacer feliz a su familia. ¡No, no!, ¡ya no más mamá abnegada!, también tengo derecho a divertirme. No siempre debo ser tan cuadrada con mis deberes a la hora de lavar o cocinar.

Llegué a la escuela diez minutos tarde, pero eso ya no me preocupaba, ¡había adquirido una nueva mentalidad! ¿A quién no se le hace tarde a veces? No por eso se va a acabar el mundo. Lo único que había hecho todo este tiempo era presionarme sin necesidad de hacerlo.

Los chicos entraron al auto y, como siempre, Lorena y Santiago, con los audífonos a todo volumen me dedicaron un saludo escueto y desganado; Marta, me mostraba sus calificaciones, y Karina, los dibujitos que había hecho junto con sus amiguitos. Me alegré por mis niñas pequeñas y les dije que me daba mucho gusto que se sintieran felices.

No podía estar más feliz, venía de relajarme un rato y mis hijos estaban bien.

Arranqué el auto y nos fuimos a casa. Puse algo de música para ambientar, comencé a cantar y mis hijas pequeñas se unieron a mi desafinada voz. Lorena me miró con extrañeza...

—Tenía mucho tiempo que no te veía así mamá. ¿Todo bien? —me lo dijo con una curiosidad tan genuina que hasta los audífonos se había quitado.

—Sí, mi cielo, todo está en orden —le contesté—, solo que hoy me siento particularmente feliz.

—¡Ah!, qué bien mamá, me da gusto por ti —dijo levantando las cejas y en seguida volvió a ponerse los audífonos.

Aunque me hubiera gustado que me preguntaran más, la nueva filosofía que había decidido implementar en mi vida ya no me permitía preocuparme por lo que llegaran a pensar mis hijos de mí; después de todo, si no les importo cuando estoy de mal humor o triste, ¿por qué habría de importarles cuando estoy feliz? Así que, me aguanté las ganas de contarles de mi reunión y seguí cantando hasta llegar a casa.

Al llegar a casa, los niños bajaron rápidamente a dejar sus cosas, saludar a su padre, ver televisión y jugar un poco. Antonio me recibió con un beso y preguntó cómo me había ido en la reunión con mis amigas. Le conté con lujo de detalles mientras él servía los platos para comer. Había preparado bistec a la mexicana y agua de limón. No recordaba la última vez que mi esposo había cocinado para nosotros, pero siempre que lo hacía, le quedaba delicioso. Durante la comida le propuse a Antonio llevar a los niños a clases de *Tae Kwon Do* los martes y jueves, le comenté que mis amigas llevaban ahí a sus hijos, y que podría ser una gran idea llevarlos, para evitar que se la pasaran pegados a la computadora o al teléfono.

Antonio aceptó de inmediato, estaba convencido que así las pequeñas podrían conciliar el sueño sin tanto problema y a Santiago y Lorena, no les caería mal aprender un poco de defensa personal. Mis hijos grandes, como es natural en los adolescentes, pusieron mil pretextos del porqué ir a clases extracurriculares sería una mala idea: el desempeño escolar no sería el mismo; la concentración para los exámenes bajaría; el cansancio no les permitiría despertar a tiempo... ¡vaya! —pensé—, estos niños serían capaces de vender un riñón con tal de quedarse sentados frente a un teléfono o un monitor de computadora.

Después de comer, como ya es rutina, levantamos la mesa y lavamos los trastes. Después, me dirigí a sacar la ropa de la lavadora y recordé que había llegado tan emocionada que no había metido ropa a lavar. Si la lavo en este momento, la ropa no se secará para mañana —pensé mientras veía el cesto de la ropa sucia—, pero si no la lavo, se acumulará y odio que la ropa se acumule. ¿Qué hago? Estaba deliberando que haría, cuando me vino a la cabeza la voz de Paty diciendo:

¿Por qué te obligas a lavar ropa en este momento?, no le pasará nada a la ropa si no la lavas hoy; además, tendrías que plancharla y estás cansada. Mejor mañana te levantas temprano, la lavas y... ¡asunto arreglado!, nadie morirá por eso.

Haciendo caso a lo que pensé que posiblemente hubiera dicho Paty, dejé la ropa en el cesto y me fui a la sala a ver una película. Me sentí liberada del trabajo que representaba lavar ropa todos los días, era un hábito que me impuse tiempo atrás para que, sin importar la situación, siempre tuviéramos ropa limpia y planchada.

Decidí leer un poco en lugar de ver la película y, unos minutos después, me quedé dormida.

Cuando desperté, mis hijos —con excepción de la pequeña— estaban en la mesa haciendo su tarea.

—¿Y Karina?, ¿dónde está? —les pregunté aún adormilada.

Lorena me miró esbozando una sonrisa y me dijo:

—Está dormida, mi papá la llevó a tomar su siesta. ¿Descansaste? —me preguntó con algo de sarcasmo.

Me sentí muy mal en ese momento. Yo siempre soy la que llevo a mi pequeña niña a dormir su siesta, le leo un cuento corto y se duerme en mis brazos. No podía creer que me hubiera quedado dormida en vez de llevar a mi princesa a su cama. Yo no soy así, jamás lo he sido y no quiero comenzar a serlo. Podré tener mis libertades, pero siempre cumpliendo mi responsabilidad de madre.

Me levanté y me dirigí a la cama de Karina y allí estaba Antonio, dormido junto a ella. Fue algo bello de ver, mas no dejaba de sentir culpa por haberle faltado a mi Karina en ese momento. Salí de la habitación, me dirigí a la cocina, me serví un vaso con agua y me acerqué a mis otros tres hijos.

—¿Cómo va la tarea, en qué les ayudo? —les pregunté con dulzura y mucho interés.

—Estamos bien mamá, no te preocupes —me respondió Lorena, con su típico tono seco y cortante.

Me sentí desplazada y al mismo tiempo libre de esa responsabilidad. Quizá era cierto lo que dijo Carla:

Los hijos pueden vivir sin nosotras, pero somos las madres las que creemos que eso es imposible.

Quizá el hecho de soltar un poco mis responsabilidades los hará responsables a ellos, ya el tiempo me dirá si tuve o no razón.

Ordené algunas cosas de mis proyectos personales y me puse a preparar la cena. Escuché a Karina despertarse y fui rápido a abrazarla. Mi niña preciosa, como siempre tan dulce y cariñosa, me abrazó y me pidió ayuda para su tarea de dibujitos. Cuando terminamos de hacerla cenamos todos juntos mientras veíamos una película. Al terminar de cenar, sin hacer sobremesa, levantamos la mesa y lavamos los trastes.

Antonio se dirigió a su estudio mientras Santiago y Lorena se fueron a su habitación a jugar Fornite. Marta y Karina fueron a su recámara a jugar con sus muñecas y a prepararse para el baño nocturno. Después de hacer toda la rutina de la noche, Antonio y yo nos acostamos para dormir y me hizo un breve comentario acerca de la salida con mis amigas.

—Cariño —dijo amablemente—, puedes hacer lo que hiciste hoy, los lunes que yo descanso, pero por favor, trata de que no se convierta en un hábito, porque a los niños les haces mucha falta... y a la casa también.

Su comentario me molestó. ¿Cómo era posible?, solo me salí unas horas y... ¡¿ya me estaba pidiendo que no lo hiciera un hábito?! No puedo creer que no tenga la libertad de hacer lo que me plazca con mi tiempo libre después de todo lo que hago, ¡es absurdo!

A la mañana siguiente, me levanté un poco tarde y no alcancé a preparar el refrigerio para los niños, así que les di un poco de dinero para que compraran su almuerzo. Después de dejar a los niños en la escuela, fui al centro Revolución para hacer la inscripción de los niños a *Tae Kwon Do*. Pasé al supermercado a comprar insumos para la comida y, al terminar las compras regulares, aproveché para comprarme un par de zapatos para la reunión con mis amigas.

Al llegar a casa, rápidamente me puse a cocinar, lavé una carga sencilla de ropa y ordené la casa de manera superficial; algo que normalmente no hacía.

En la reunión con mis amigas, recuerdo que tocamos el tema del aseo de la casa: que cada cuando deberíamos hacerlo, que si mejor contratábamos mujeres para el aseo —en lo personal siempre fui de

la idea de no permitirle a nadie, en especial a una mujer extraña, que metiera mano en las labores de mi casa, siempre me he considerado muy celosa en ese renglón—. Concluimos en que no deberíamos tener vida de sirvientas y que las labores domésticas no deberían quitarnos tantas horas al día —lo cierto era que casi todas mis amigas contaban con mujeres de servicio doméstico para el aseo de su hogar y, si he de ser del todo franca, creo que yo era la única excepción—.

En cada reunión que teníamos, se trataba el tema de «la libertad» de ser mujer. Yo era juzgada duramente por ellas ya que consideraban que me sometía a mi esposo y mis hijos. Por ejemplo, decían que lavar la ropa de los niños pequeños era parte de nuestra responsabilidad como madres, si es que no tenías personal doméstico, pero la ropa de los demás «incluyendo la del esposo», debería ser responsabilidad de cada uno por ser cosas personales.

Yo no compartía del todo sus ideas porque para mí era importante llevar por completo las riendas de mi hogar, por otra parte, tenía que admitir que había mucha razón en lo que decían: la casa era una responsabilidad compartida y no debía cargar yo sola con todo el peso.

Con los niños en las clases de *Tae Kwon Do*, yo asistía religiosamente a las reuniones con mis amigas, así estuve durante casi seis meses. En ese lapso, Antonio y yo discutíamos constantemente, incluso tuvimos peleas tan fuertes, que pensé que nos costarían el matrimonio.

La convivencia con los niños fue disminuyendo drásticamente: Karina, estaba más tiempo con su papá que conmigo, aun cuando yo pasaba más tiempo en casa que Antonio; Martha, se la pasaba en su computadora hablando de moda con sus amigas; mis hijos grandes estaban más distantes que nunca y, por si fuera poco, mi hogar se veía muy descuidado.

Yo buscaba hasta el menor de los pretextos para no estar en casa porque me sentía molesta. Mis amigas me decían que esa sensación era normal cuando llegaba el momento de abrir los ojos. Aun así, cada día que pasaba, en lugar de sentirme mejor, las cosas empeoraban. ¡Ya estaba harta!, ¡sentía que estaba perdiendo la razón!

Un domingo por la noche, cuando los niños ya estaban dormidos, me acerqué a Antonio para conversar. Él dejó de leer, me miró completamente sereno, me puso toda su atención y me invito a hablar.

—Antonio, me siento triste —dije con voz baja—, siento que estoy perdida. Los niños ya no me hablan como antes, me siento más irascible que nunca, tú y yo peleamos demasiado y la casa no se ve igual. Entro y ya no siento como si fuera mi palacio real, siento como si fuera una casa del montón. ¿Qué me está pasando? —le pregunté con preocupación—, la verdad es que tengo un par de semanas sintiéndome muy incómoda. Creo que todo se origina por las reuniones que tengo con mis amigas, no sé exactamente el como sucede, pero creo que es por eso. ¡Ayúdame!, dame tu opinión, por favor.

—Beatriz —me contestó Antonio con tristeza y reproche en su voz —, cambiaste... y cambiaste mucho. La mujer que eres ahora no la conozco. Antes no te enojabas por todo, te veías alegre, cuidabas de tu casa y de nosotros como nadie más podía hacerlo. Un buen día, simplemente dejaste de sonreír, comenzaste a hacer todo de mal humor y los niños percibieron eso. De la nada, comenzaste a frecuentar cada vez más a tus amigas. Las primeras semanas que lo hiciste te veías feliz, pero eso cambió, te hiciste intolerante a todo y dejaste de cuidarnos como siempre lo hacías. Muchas veces tuve que hacer yo la comida y cuidar a mis hijos, y no lo digo porque me pese hacerlo, sino porque nunca me habías dejado hacerlo tanto. De un día a otro comenzaste a llevar ropa a la lavandería, te desligaste por completo de esa tarea; descuidaste a los niños y los dejaste jugar más de la cuenta en los teléfonos, computadoras o televisor. En resumen, un día dejaste de hacer todo aquello que te encantaba hacer, eso por lo que siempre peleaste, y te transformaste en una persona diferente, eso fue lo que pasó.

—¡Tienes razón! ¡Cambié! —le dije pensativa y molesta.

Me levanté rabiosa, me fui al baño y me metí a bañar.

Dentro de la ducha, mis pensamientos giraban sin control y con mucha fuerza. Yo siempre había luchado por mi casa de revista, por hijos responsables y una vida relativamente perfecta, ese había sido mi sueño desde niña. Un día, simplemente me miré en el espejo y

decidí que no era feliz. En lugar de hacer lo necesario para cambiar, para no verme gorda y descuidada, quise adoptar una personalidad que no empataba con mi esencia. Me dejé deslumbrar por la vida «plena y libre» de mis amigas y permití que me atraparan en su filosofía de mujeres «exitosas y liberadas del yugo familiar». No quise reconocer que sus vidas giraban en torno a la despreocupación y a la vida de completa comodidad que sus esposos les proporcionaban. ¡Tonta de mí!, yo que tenía mi hogar perfecto, ahora lo había convertido en una fría casa, impersonal, sin amor impregnado en cada detalle, una casa como la de ellas... sin el sello personal que la convertía en... ¡mi hogar!

Entre cavilaciones y soliloquios caí en cuenta que el problema nunca fue mi casa, mis hijos o mi esposo, el problema fue mi falta de amor propio. Con el tiempo fui perdiendo poco a poco la autoestima, fui metiéndome en la cabeza —yo solita, nadie me ayudó—, que yo era una sirvienta, que no tenía caso que me arreglara para lavar los trastes, para barrer o sacudir el polvo.

Recuerdo bien, como poco a poco fui guardando en el fondo del closet la ropa hermosa. Comencé a usar de manera cotidiana, pantalones viejos y blusas decoloradas, puesto que, según mi razonamiento, eso era lo más adecuado para andar de «sirvienta».

Llegué al punto de culpar a mi esposo y mis hijos por los deberes de madre, esposa y ama de casa que había adquirido con el paso del tiempo y por convicción propia.

Les eché la culpa a ellos cuando la culpa la tuve siempre yo, y cómo es más fácil culpar a otros que a uno mismo, traté de buscar la solución en el exterior en lugar de plantearme la posibilidad de que todo podía resolverse con un simple cambio de actitud. En lugar de eso, me refugié con mis amigas tratando de justificarme.

Tontamente tomé la peor decisión al buscar el núcleo de amigas «exitosas» con las que nunca tuve la mejor empatía, dejé de lado a un grupo más adecuado para mí: esposas y amas de casa. Todas ellas eran mujeres trabajadoras y con el común denominador de sentirse orgullosas de sus hogares. Este grupo de amigas —las que estúpidamente consideraba mujeres aburridas—, tenían familias unidas y armoniosas, sus casas siempre estaban impecables y, por

si fuera poco, ellas siempre se daban el tiempo para verse arregladas y bonitas.

Salí del baño y me metí a la cama en completo silencio, Antonio ya se había dormido.

Al día siguiente me levanté más temprano que los demás, preparé el refrigerio de todos, saqué uno de mis vestidos del fondo del armario y me maquillé lo más hermosa que pude. Puse música alegre para despertar a los demás y, con besos y abrazos, desperté a cada uno de mis hijos y a mi querido esposo. Era lunes, llevé a mis hijos al colegio y, en vez de irme con mis amigas, regresé a mi hogar a ordenarlo como siempre me ha gustado. Preparé un rico almuerzo y desayuné con mi amado Antonio. Miré divertida su expresión, una mezcla de alegría y asombro.

Al terminar de almorzar, iba a meter la ropa a la lavadora cuando sentí un fuerte abrazo por detrás. Antonio, de manera traviesa me besó y me llevó a la alcoba donde hicimos el amor durante bastante tiempo, ya tenía mucho tiempo que no experimentaba tal plenitud.

Ese día, en nuestra alcoba nupcial volvimos a renovar nuestros votos y juramos llevar una vida más en pareja. Establecimos no dejarnos absorber tanto por el trabajo, los deberes del hogar y los hijos. Decidimos volver a ser novios y buscar agradarnos en todos los sentidos. Puedo asegurar que fue uno de los mejores días que he vivido en muchos años.

Metí a lavar la ropa sucia y me puse a cocinar lasaña, la comida favorita de toda la familia. Salimos por nuestros hijos, y de regreso nos vinimos platicando ávidamente sobre la escuela y demás cosas propias de los niños.

Cuando llegamos a casa, la cara de alegría de mis niños al oler la lasaña fue algo maravilloso, hacía tanto que no les cocinaba algo tan elaborado. Puse el servicio de la mesa con mucho esmero y tuvimos una conversación familiar maravillosa. Ahí me sentí con un amor impresionante hacia mi familia, pero principalmente, hacia mí misma.

El amor que ahora me tengo se ve reflejado en mis hábitos, en los detalles, en las sonrisas de mis hijos, en los besos de mi esposo, en el jardín verde y en la casa aromatizada.

¡No soy una sirvienta!...

Soy, y siempre seré «la dueña y señora de mi hogar», y nada me hace sentir más orgullosa que serlo.

Decisiones

Porque solo el amor inspira... ¡el perdón!

Me llamo Adrián y mi historia comienza cuando tenía la edad de veintiún años y me casé con una joven de diecinueve. Vivimos bien por un tiempo, pero como era de esperarse: nuestra juventud, mi alcoholismo y un bebé, acabaron con esa relación un par de años más tarde.

Después de la separación regresé a vivir a casa de mi madre, una señora maravillosa que vivía separada de mi padre desde hacía más de siete años. Su casa era grande y estaba ubicada en el municipio de Tecnopan —a una hora de la capital del estado—. Cuando supo que estaría nuevamente con ella se alegró mucho y trató de hacer mi vida más cómoda.

Al separarme, mi vida dio un giro radical, la tristeza y la antipatía carcomían mi alma, me había dolido muchísimo la separación de mi hijo y esa fue la justificación que utilicé para escalar mi problema de alcoholismo. A las mujeres las miraba con resentimiento, con ganas de vengarme de todas ellas por el dolor que sentía. Mi apatía había hecho estragos con mis amistades, los pocos amigos que me quedaban me escuchaban solo porque podía invitarles la parranda. En resumen, mi vida se reducía a comprar alcohol para olvidar, y trabajar para comprar alcohol. Viví ese infierno cerca de dos años.

Un día fui a visitar a un amigo, él vivía al lado de una refaccionaria automotriz donde trabajaba una chica que me presentó. Ella se llama Carla y tenía casi dieciséis años. Mi impresión inicial fue: bonita de rostro y un cuerpo demasiado desarrollado para su edad; una complexión naturalmente voluptuosa, más alta que el promedio, senos grandes, cintura pequeña, nalgas grandes, piernas torneadas y una tez tan blanca que impresionaba; su cuerpo me gustó desde el primer momento que la vi. Parecía una mujer de entre veinte y

veinticinco años, pero sus facciones la delataban, emanaba ternura propia de su edad. A partir de ese momento y bajo cualquier pretexto visitaba a mi amigo con regularidad, pues necesitaba ver a Carla.

Con el paso de los días nació una amistad que se fue fortaleciendo, además de gustarme físicamente, admiraba su personalidad. Ella era por completo social, tenía amigos por todos lados y conocía casi a todo el pueblo. Cuando conocía a alguien, bastaban minutos para que parecieran amigos con mucho tiempo de conocerse; sin embargo, eso también tenía su desventaja. Era muy ingenua y carecía de cualquier tipo de malicia; nunca pensaba mal de nadie y mucho menos se imaginaba que alguien quisiera hacerle daño. Odiaba confrontarse cuando surgía algún problema, era de las que se aguantaba el enojo y se resignaba, buscaba cualquier otra solución para evitar discutir.

Poco a poco comenzamos a frecuentarnos con regularidad, ella dirigía el periódico escolar y a veces pedía mi ayuda para realizarle alguna corrección menor. Me gustaba ayudarle, le daba un poco de quehacer a mi vida porque, aun cuando mi trabajo me absorbía, esos momentos me proporcionaban una sensación de serle útil a alguien más; además, esa ayuda le daba un mayor prestigio al periódico y, en consecuencia, Carla se hacía más popular y admirada. Verla así de satisfecha y feliz, me encantaba.

Algunos días después, Carla me contó que estaba triste porque iba a cumplir dieciséis años y, debido a algunos problemas económicos en su familia, no le podrían celebrar su cumpleaños como en otras ocasiones, de manera que le ofrecí mi casa y el apoyo necesario para hacerle su fiesta. Por alguna razón que no entiendo, siempre me he sentido obligado a proteger a las mujeres en desgracia, me siento obligado a ser su héroe y sacarlas de donde están; eso me sucedió con Carla.

Un par de días antes de la fiesta, Carla y yo estábamos arreglando la casa de mi madre. Había sido un largo día y necesitábamos un descanso. El sol se ocultaba y bebíamos un refresco en la terraza, estábamos solos. Nos miramos y, sin decir nada, nos acercamos para darnos un beso; no fue planeado, solo surgió. Carla me parecía muy atractiva y ella tuvo la disposición de

besarme, así pues, de un momento a otro, todo se revolvió en mi interior. Debo aclarar que nunca me habían atraído mujeres de tan pequeña edad, sin embargo, el cuerpo que ella tenía no ayudaba mucho... ¿realmente me gustaba!

Después del beso, no tocamos el tema, creo que ambos nos sentíamos apenados y lo dejamos pasar como si no hubiera sucedido nada.

Al día siguiente del festejo, Carla me ayudó a levantar todo el desastre que había quedado en casa de mi madre —nuevamente nos encontrábamos solos—. Conversábamos acerca de la fiesta, de lo mucho que gustó y de lo rico que había estado la comida; cuando de repente, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, nos quedamos callados y volvimos a besarnos, pero no fue con la ternura de la ocasión anterior, esta vez fue con una pasión desbordante, estábamos frenéticos, la excitación nos dominó y terminamos en la cama.

Cuando estábamos en el acto me percaté de algo, ella se tapaba la cara con el brazo como si estuviera avergonzada o el sexo no fuera de su agrado, así que paré de inmediato. Le pregunté si estaba todo en orden y ella, muy apenada, me confió que alguna vez tuvo una experiencia desagradable con un chico y no se sentía muy cómoda en ese momento.

Entendí por lo que estaba pasando y le dije que no debía sentirse así conmigo, yo la respetaría y no me comportaría de manera egoísta. Le dije que, si no se sentía a gusto, podíamos parar y yo lo entendería totalmente, me separé de ella y comenzamos a hablar como buenos amigos. Al cabo de un rato, ya más tranquila, me dijo:

—Está bien, podemos seguir, contigo me siento bien —lo dijo mirándome a los ojos con una expresión de seguridad—, no lo mal interpretes por favor, me gustas, me excitas y me encanta como me haces el amor, solo que el recuerdo llegó de repente y no pude ni quise disimularlo.

—¿Estás segura que quieres continuar? —le pregunté con toda honestidad—, no te sientas presionada, puedo entenderlo.

—¡Claro que quiero continuar! —lo dijo sonriendo y arrojándome a la cama—, sigamos en donde nos quedamos.

Haciendo el amor, descubrí en ella a una mujer entregada y muy complaciente.

Quizá algún tiempo atrás, me habría comportado como el resto de mis amigos: un par de veces más de sexo y adiós a la relación sin importarme sus sentimientos, mas no fue así, me agradaba mucho estar con ella. Disfrutar su carácter jovial y alegre, tener esas conversaciones largas y tan llenas de vida, y el delicioso sexo que nos dábamos, hicieron que poco a poco y sin darme cuenta...

¡Me enamorara de ella perdidamente!

Me sentía un poco avergonzado por lo que pudiera opinar mi familia y amigos por estar con una mujer tan joven. Ella apenas estaba estudiando la escuela media superior, y yo ya había tenido un matrimonio y un hijo. ¡Le llevaba diez años de ventaja! Por su parte, ella pasaba la misma situación con sus amistades, estaba saliendo con un hombre mucho más grande y más experimentado. Todos le aconsejaban que me dejara, decían que lo único que yo quería de ella era usarla hasta que me aburriera, lo que terminaría lastimándola. Respecto a su familia, no sabían nada y eso me preocupaba un poco.

Ambos hicimos caso omiso a los comentarios y nuestro amor se fue fortaleciendo. Seis meses después de haber comenzado con Carla, decidí llevar la relación al siguiente nivel: le pedí a sus padres, Regina y Rubén, el permiso para ser novio de su hija. Yo quería que ellos supieran que su hija era importante para mí y que no pretendía jugar con ella.

Como yo era un hombre mayor y divorciado, y sus padres muy conservadores, al escuchar mi petición pusieron una cantidad de objeciones impresionantes, incluso, me pidieron mi acta de divorcio para demostrar que no iba a afectar la reputación de su hija. Recuerdo algo muy gracioso que sucedió en esa ocasión:

Un día después de que me pidan que les lleve mi acta de divorcio, llego a la casa de Carla con el documento. Sus papás me reciben y me piden inmediatamente el acta para ver si yo era un hombre de palabra. Su papá miró con cuidado el acta y me dijo molesto:

—¡No Adrián!, tú no estás divorciado, permíteme un minuto —se levantó de la mesa y se dirigió a su habitación.

En ese momento no supe que pensar, Carla y su mamá se miraban extrañadas, yo me sentía muy incómodo y puedo confesar que hasta sentí un poco de miedo, pensaba que su padre regresaría con un arma o algo similar.

A los dos minutos regresó con unos documentos en la mano...

—Esto es lo que debiste traer —dijo con enfado alargándome un documento—, no esa simple hoja.

Cuando comencé a leer el documento hice un esfuerzo sobrehumano para no soltar la carcajada. Resulta que los padres de Carla se habían «divorciado», sin embargo, por «el bien de los hijos» habían decidido seguir viviendo juntos. Así que Rubén guardaba celosamente un documento que tenía la palabra «Divorcio» y dónde se especificaban los motivos y argumentos, muy detallados, acerca del porqué deseaban separarse.

Recuerdo que les dije:

—No señor, mire... mi documento dice «Acta de Divorcio», que es el documento oficial que expide el gobierno una vez que se disolvió el matrimonio. Y aquí, en su documento dice «Demanda de Divorcio», que es el proceso que se lleva a cabo para disolver el matrimonio, pero está inconcluso. De modo que... ¡son ustedes lo que no están divorciados!

Rubén, con la cara pálida miró ambos documentos y los leyó por un buen rato. El ambiente de tensión y el silencio podían cortarse con un cuchillo.

Al cabo de unos minutos, Rubén volteó a ver a su esposa y le dijo casi susurrando:

—¡Vieja... no estamos divorciados! ¡Seguimos casados para tu buena suerte!

—¿Para mi buena suerte?, ¡Será para la tuya! —contestó Regina a la defensiva—. Todo este tiempo creyendo que estábamos divorciados y tú... ¡completamente equivocado!

—Es que yo estaba seguro que el abogado nos había divorciado —seguía diciéndole Rubén a su esposa todo nervioso—, pero creo que no terminó porque ya no me avisó después del último pago que le hice.

—¡Si serás bruto! —le recriminó Regina—, se fue con el dinero y yo... ¡tengo años creyendo que estoy divorciada!

—¡Pues yo también, vieja! —contestó Rubén apenado.

En ese momento Regina y Rubén se acordaron que estábamos ahí, nos miraron y vieron nuestra cara de bobos. Sin proponérselo y al mismo tiempo, todos nos echamos a reír.

Después de asegurarse que estaba siendo sincero y que mis intenciones no eran las de lastimar a su hija, aceptaron de buen agrado que tuviéramos un noviazgo formal. Como es de imaginar, nos condicionaron con estrictas reglas que no debían romperse y que con mucho orgullo puedo decir que jamás rompí; por ejemplo, si su papá decía, «La quiero a las nueve de la noche en la casa», así estuviéramos a media película en el cine o a media cena, interrumpíamos lo que fuera para estar en casa de Carla cinco minutos antes de lo estipulado. Yo quería que sus padres se dieran cuenta del grado de compromiso que tenía para ese noviazgo, ellos lo vieron y nos otorgaron su completa confianza, gracias a eso tuvimos una relación estable y armoniosa.

Los primeros tres años de nuestra relación fue muy buena, después de ese tiempo, hubo muchos altibajos, principalmente por mi alcoholismo. Carla me había conocido como un borracho, pero no al grado que llegué después de esos tres años. Ella me perdonó muchas borracheras porque a veces también tomaba conmigo; sin embargo, mientras ella se tomaba tres cervezas, yo bebía veinte y terminaba algunas veces inconsciente. Un día me puse tan borracho, que mi mamá y Carla fueron a recogerme a una esquina cerca de mi casa, yo estaba encima de un montón de basura porque me había quedado dormido ahí. Sobra decir que Carla ya estaba pensando seriamente en dejarme.

Después de esa ocasión, tomé con mucha seriedad alejarme del alcohol. Unas semanas después de haberles prometido que no volvería a beber, ¡lo volví a hacer! Mi problema era tan grave que ya llevaba tiempo que no podía controlar mi manera de beber, así que, lleno de rabia, corrí al teléfono a pedir ayuda profesional. Por razones que ellos argumentaron, no me brindaron la ayuda que necesitaba —pero eso es historia para otro libro—. Al saberme solo en esta lucha algo me pasó, me quebré emocional y espiritualmente y, sin darme cuenta, el milagro se había realizado; sabía que no volvería a beber y lo hice justo a tiempo...

Ya le había prometido a Carla que no volvería a beber, así que cuando se enteró, tomó la decisión de terminar la relación. Al llegar a casa de mi madre, me encontró en pleno quiebre emocional-espiritual, se espantó porque vio algo diferente en mí, me abrazó y dijo:

—Adrián, te amo y lo sabes de sobra. Sé que este pinche alcoholismo nos está jodiendo a los dos, pero lo que hoy veo en tus ojos es algo que no había visto antes, si me necesitas cariño, aquí estoy y te acompañaré para que logremos vencer juntos a esta maldita enfermedad.

Yo le contesté entre espasmos y sollozos que ya lo había dejado, que la borrachera de esa noche había sido la última de mi vida y que esta vez podía confiar en mí. Le conté que algo muy fuerte me había pasado y que por favor esta vez sí me creyera... y así fue... hasta la fecha... ¡no he vuelto a beber!

Al poco tiempo de mi sobriedad, Carla se mudó a un departamento en la capital para continuar con sus estudios como maestra de inglés, cosa que le apasionaba, así que ella se quedaba allá entre semana y nos veíamos en TecnoPan los fines de semana.

Una ocasión en la que tuve que ir a la capital a realizar un trámite muy importante, debía conducir por las calles del centro, cerca de la escuela de Carla. Existía la posibilidad de encontrarnos, pero era poco probable. Así que di por hecho no verla ese día, pues tenía que regresar inmediatamente a TecnoPan.

Cuando iba manejando por el centro, le di el paso a un grupo de estudiantes que pretendía cruzar la avenida. En el momento en que el grupo pasó frente a mí, descubrí con sorpresa que entre ellos iba Carla tomada de la mano con un tipo. Cuando ella volteó a ver si el conductor —o sea yo— les daría el paso, me vio. En ese momento vi cómo palideció e inmediatamente soltó la mano del hombre que la acompañaba. Por desgracia para mí, debía seguir manejando dado el tráfico que existía en ese momento, estaba en una avenida principal y no había manera de estacionarme; de modo que, con toda la rabia que podía experimentar, seguí mi camino.

¡Estaba frenético! Mis pensamientos corrían a una velocidad vertiginosa. ¡Era lógico que se acostaban! Ella se estaba acostando con otro cabrón mientras me decía que yo era el único amor de su

vida y que jamás me lastimaría con una infidelidad. ¡Puras pinches mentiras! Ella soltó la mano de ese cabrón cuando me vio y, para su mala suerte, ¡yo la había descubierto!... ¡nadie me lo contó!... ¡la pesqué *in fraganti!*... ¡la había mirado con mis propios ojos!...

¡Ella se acuesta con ese maldito!

∞ ∞ ∞

En cuanto terminé mis asuntos, me dirigí al departamento que ella rentaba. Cuando me abrió, la empuje hacia dentro y le escupí en la cara toda mi rabia. Le gritaba, la ofendía y ella solo lloraba repitiendo una y otra vez que jamás se había acostado con él ni con nadie; que solo era un amigo y que jamás volvería a suceder algo similar; que por el amor que había entre nosotros le creyera y la perdonara.

Yo la amaba, la amaba tanto que no podía imaginarla acostándose con otro hombre. ¡No! ¡No, ella! Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para callar mi mente y mis pensamientos negativos. Puse todo en balanza y decidí perdonarla. La perdoné porque vi en su mirada honestidad y arrepentimiento; además, las palabras con las que negaba la infidelidad, las decía con la misma vehemencia con las que me juraba su amor. Esa noche tuvimos un sexo frenético y más apasionado de lo normal, no obstante, a pesar del perdón y nuestra reconciliación, noté que algo se había roto dentro de mí. Casi un mes después de ese día, nos fuimos a vivir juntos a insistencia de ella.

Dos años después, comencé a notar en Carla una transformación que no me gustó. ¡Comenzó a celarme cada vez más! —fuera de aquel desagradable incidente, que ya estaba sepultado en el olvido, Carla y yo nunca tuvimos problemas por celos o desconfianza—. Carla comenzó a dar muestras de celos infundados, al principio eran simples comentarios inocentes, pero con el paso del tiempo, se hicieron más frecuentes e incisivos, casi absurdos. Las discusiones por este motivo se tornaban cada vez más frecuentes e intensas... ¡Nuestra relación comenzaba a enfrentar un reto más!

En esos tiempos, un socio y yo estábamos iniciando un proyecto que nos permitiera trabajar y vivir de lo que más amábamos: la

música. Intentábamos crear un grupo de eventos sociales de primer nivel que pudiera competir con los mejores grupos musicales de la región. Eso no era tarea fácil, había grupos de abolengo con una tradición de más de tres décadas y con una cartera de clientes muy importante, asimismo, la región era semillero de grandes ejecutores de la música lo cual complicaba en extremo el proyecto que pretendíamos y Carla tuvo un papel predominante en todo esto.

Mi socio y yo habíamos renunciado a nuestros trabajos como músicos en nuestros respectivos grupos de eventos sociales, eso acabo con nuestros ahorros en muy poco tiempo. Fue en ese momento donde Carla jugó un papel importante, buscó un trabajo con el único objetivo de poder mantener los gastos de nuestro hogar. Nosotros, por nuestra parte, tendríamos que enfocarnos completamente para obtener ese grupo en el menor tiempo posible.

El proyecto era muy demandante, mi socio y yo dormíamos solo cuatro horas al día para crear todo el contexto que acompañaría al grupo: planeación, contratación de músicos, compra de equipo musical, cableado especial, mercadotecnia, impresión de carpetas de ventas, creación de discos interactivos y un largo etcétera. Esa demanda de tiempo me obligaba a estar fuera de casa y Carla pensaba que yo tenía múltiples aventuras, esto propiciaba discusiones de gran intensidad que cada vez eran más frecuentes y desgastantes.

Antes no existía la tecnología que hoy disfrutamos. Si hoy quieres promocionarte, lo haces muy rápido mediante redes sociales y medios electrónicos que se tienen al alcance de la mano. En aquel entonces, casi todo se hacía «artesanal»; las fotografías, las imprimíamos para nuestra carpeta de ventas; los contenidos multimedia, se quemaban en discos compactos que entregábamos a nuestros prospectos; el sitio web, era muy limitado y no podías mostrar todo lo que ahora muestras, y mil bellezas más que te ofrecía el mundo análogo.

El estrés por el que yo estaba pasando era casi mortal; el trabajo, el poco dinero para vivir, poco capital para el proyecto, búsqueda de clientes, desvelos, peleas con Carla y otras muchas cosas, me causaron lo que yo creía imposible hasta ese momento... «impotencia sexual».

Mi inapetencia sexual era tal, que durante casi un año no tuve una erección digna, mucho menos una relación sexual placentera con mi mujer. Carla estaba acostumbrada a tener intimidad todos los días y a mí me agradaba bastante el sexo que teníamos, ella estaba acostumbrada a mi disposición para complacerla cuando ella lo deseara, pero ahora, no podía por más que me esforzara.

Estaba aterrado, apenas tenía treinta y tres años y ya sufría de disfunción eréctil. Carla, por supuesto, no creía ni una palabra de lo que yo le decía, ella se lo atribuía a que dormía con otras, algo que en realidad nunca fue cierto.

Un año después de iniciado el proyecto, el esfuerzo daba sus frutos, comenzamos a tener muchos eventos sociales. Por fin descansábamos de la presión emocional de montar una empresa, pero el desgaste físico era aún mayor. Me levantaba muy temprano para afinar los detalles de nuestros eventos en puerta. La hora de dormir, se extendía hasta que consideraba que las cosas estaban bien por ese día, normalmente era entrada la madrugada.

Un sábado que no trabajamos —yo aún con mi problema sexual—, fui con algunos amigos a un bar a festejar el cumpleaños de una de nuestras cantantes —Carla no me acompañaba porque los fines de semana iba a TecnoPan a visitar a sus papás—. Esta cantante llamada Fabiola tenía dieciocho años y una reputación de mujer promiscua. Ella tenía novio y también fue al bar en el que estábamos festejando. Aunque a muchos les parecía atractiva, a mí no me gustaba en lo absoluto —era muy flaca, joven, boba y promiscua para mi gusto—. Cuando fue mi turno de bailar con ella tocaban música de cumbia y de repente cambiaron a ritmo de merengue.

Una de las formas en que bailamos el Merengue es juntando los cuerpos, estos se balancean hacia un lado y otro con la mujer de frente o de espaldas. Este movimiento roza y presiona la entrepierna del hombre. ¡Es un baile muy sensual!

Mientras bailábamos todo era diversión hasta que... ¡Pum!

Como si fuera un adolescente de catorce años, tuve una erección tan fuerte que no la pude controlar en absoluto. Separé a Fabiola de mi cuerpo y me retiré un momento fingiendo una llamada. ¡No daba crédito a lo que me estaba sucediendo! Después de casi un año y

medio de no poder lograr una erección real, ¡sucedió esto! De la nada, tenía la libido al mil por ciento y lo primero que pensé fue... ¡carajo Carla!... si estuvieras aquí te demostraría lo mucho que te extraño.

Al otro día, Carla llegó a la casa y la urgí para hacer el amor. Para mi desgracia, en pleno acto sexual volvió a bajar mi erección y no pude hacer nada al respecto. Carla se molestó y, en vez de valorar el esfuerzo que estaba haciendo, pensó que seguramente alguna de mis amantes me dejó plantado y por eso necesitaba sexo, pero como no era la amante que yo quería, mi cuerpo no respondió. No podía creer lo hartó que me tenía con sus malditos celos y argumentos tan estúpidos.

En algún momento traté de terminar la relación con Carla, sus celos eran enfermizos y ya nos estábamos dañando. Sin embargo, cuando llegaba el momento de tomar una decisión seria, ella se aferraba a nuestra relación y me amenazaba con todo tipo de chantajes, incluso con arrebatarse la vida si yo la dejaba. Por un lado, mi temor y estupidez ante sus chantajes y, por otro lado, el amor y todo lo que habíamos vivido juntos, lograron convencerme de continuar y terminé cediendo.

Un par de semanas después del festejo, Fabiola se me insinuó de una manera abierta y vulgar, se había percatado de mi erección la ocasión que bailamos. De manera divertida habló del incidente y me invitó a tener sexo con ella. Quise ignorarla por completo, pero su cercanía me seguía produciendo erecciones muy fuertes. Le pedí un momento y fui al baño. Cuando me aseguré de estar solo, me coloqué frente al espejo y le dije a mi reflejo:

—Adrián, deja de pensar pendejadas. Meterte con ella es comprar más problemas de los que ya tienes con Carla, además... ¡no te gusta! Piensa que, así como se te ofrece a ti, se le ofrece a varios, y no te olvides de la fama de promiscua que tiene... ¡piensa cabrón!

Me sentía como esa caricatura donde habla un pequeño diablillo en uno de los oídos, mientras que, en el otro, habla un pequeño angelito... ¡así de confundido me sentía!

—Bueno, aquí estas como todo un idiota tratando de no herir los sentimientos de Carla, ¡y ella qué!, ¿no piensa en tus sentimientos? ¡Eres un estúpido! Te adjudica más amantes de las que podrías

llevarte a la cama en toda tu vida, te acusa categóricamente de que follas con todas; es más, de cariño te dice... ¡Infeliz!... y tú todavía le ríes la broma. ¡No seas pendejo! ¡Acuéstate con esa mocosa ofrecida y dale gusto al cuerpo! Total, te portes bien o mal te van a achacar el milagrito... ¡Fóllatela de una vez!

Sobra decir que el diablillo fue mejor vendedor.

Acepté la insinuación de Fabiola y comenzamos un amorío clandestino. Ella me daba el placer que no obtenía con Carla y terminé obsesionándome. Teníamos relaciones todos los días, incluso más de dos veces al día. Yo parecía un perro hambriento al que le habían soltado la correa. Creía que esa terapia sexual intensiva iba a despertar mi libido con Carla, pero no lograba ninguna reacción con ella.

Cuatro meses después de comenzar mi aventura con Fabiola, Carla nos encontró en el hotel, alguien le había avisado. Nos había seguido de manera sigilosa en un taxi. Tuvo mucho cuidado en no dejarse ver hasta que logró meterse a la habitación donde acabábamos de llegar Fabiola y yo. Ahí estábamos los dos amantes, frente a una mujer colérica y brutalmente celosa.

Carla se dirigió a Fabiola y la empujó con tal fuerza que la hizo trastabillar y caer de cabeza. Una línea de sangre salió de su cráneo.

Yo estaba atónito, en un verdadero estado de choque.

—¡Hijo de puta! —gritaba llena de ira, con el rostro desfigurado y golpeándome con lo que encontraba—. ¿Por qué maldito?, ¿por qué? Yo sabía que eras un maldito infiel y todos estos años lo negaste, ¡miserable!

Yo no hacía más que defenderme y gritarle que se detuviera. No quería lastimarla, pero las cosas se estaban saliendo de control. Tomó el teléfono fijo del hotel, lo arrancó de un jalón y me dio de lleno con él en la cabeza. Yo me defendí empujándola fuertemente y ella se golpeó la cabeza con la pared. Estábamos cansados y nos detuvimos mirándonos con odio, ella se sentó en una silla y yo en la orilla de la cama.

Fabiola había salido corriendo de la habitación mientras estaba la pelea en todo su apogeo, al parecer el golpe y la herida no habían

sido de mucha importancia. Fabiola, ya no era visible para Carla, eso me daba cierta ventaja para tratar de calmar las cosas un poco.

Del rostro de Carla escurrían lágrimas de odio, me miraba como si la pelea fuera a iniciar de un momento a otro. Yo me encontraba alerta.

—¡Te odio, maldito! —me gritó con todas sus fuerzas mientras sus ojos no dejaban de llorar—. ¡Te odio con toda mi alma!

Se acercó a mí y me lanzó un golpe que no conectó, tomé con fuerza su brazo, la volteé de espaldas y le tomé ambos brazos con todas mis fuerzas tratando de inhabilitarla, ella cabeceó hacia atrás rompiéndome los labios.

Sentía su forcejeo y sus gritos casi ahogados por el llanto, yo solo la abrazaba fuertemente mientras también lloraba. ¡Estaba arrepentido! Quería gritarlo, pero mi llanto me quebraba la voz. Cuando por fin pude articular algunas palabras le grité:

—¡Perdóname Carla!... ¡por favor, perdóname!

Se lo dije tantas veces que perdí la noción del tiempo.

Cuando dejó de forcejear y solo se escuchaban los sollozos, dejé de someter sus brazos y solo la abracé con fuerza. Una parte de mí quería soltarla para que viera lo terriblemente arrepentido que me sentía, y la otra parte tenía miedo de soltarla por temor a que me matara.

Después de un tiempo que nunca pude calcular, ella me dijo con una voz helada y muy calmada.

—¡Suéltame Adrián! Es suficiente.

—¡No puedo hacerlo, Carla! Necesitamos hablar y pienso que podríamos lastimarnos si te suelto.

—¡Descuida, no pasará! —me lo dijo con una voz tan calmada que más miedo me dio—, te prometo que esto ya se terminó. ¡Suéltame!, me voy de tu vida para siempre y tú te irás de la mía. Solo hazme el favor de llegar a la casa hasta mañana ¡Hoy sacaré mis cosas!

La solté. Y sin dirigirme una palabra más, salió de la habitación.

Yo solo podía pensar en lo estúpido que había sido al acostarme con otra mujer, y en el terrible daño que le había causado al amor de mi vida. No me podía perdonar el haberle provocado tanto dolor. Carla, siempre fue la mujer perfecta para mí, sabía que sin ella mi

mundo se caería a pedazos. Ella, la mujer que más había amado en mi vida... ¡la había perdido para siempre!

Ese día Carla se fue a casa de sus padres. Yo me quedé en nuestro apartamento totalmente despojado de energías y con mucha incertidumbre.

Tres días después, Fabiola me buscó en mi casa. Me propuso llevar una relación estable porque, según ella, se había enamorado perdidamente de mí. Decía que debía agradecerle al destino lo que había pasado porque de otra manera nunca hubiera tenido el valor de dejar a Carla. También me dijo que pensaba hablar con su novio para decirle que nos amábamos y... ¡asunto arreglado! Nada se interpondría en nuestra relación y podríamos ser felices. No sabía si ahorcarla en ese mismo instante o romper en una carcajada de dolor, solo le dije que quería estar solo, que se fuera y yo la buscaría en su momento.

Pensar en Fabiola me producía náuseas, de modo que tomé la determinación de despedirla en el siguiente evento, no quería verla nunca más.

Unos días después de la pelea, mi socio me llamó para platicar. Nos vimos en un restaurante y me dijo:

—Adrián, me enteré del incidente del hotel con Fabiola.

—Sí. Fue muy desafortunado —añadí un poco molesto por el tono que había utilizado para decirlo—, pero ya se arregló.

—¿Sabes? —continuó, mientras tomaba una actitud más seria—. La conducta moral que tuviste puede perjudicar la reputación del grupo. Por lo tanto, he decidido que te salgas del grupo y de la sociedad.

—¿Lo has decidido? —repetí su frase con tono de burla—. ¿Y cuándo se acordó que tomas las decisiones solo?

—Tienes que abandonar el grupo Adrián —lo dijo temeroso—, si no lo quieres hacer por las buenas, entonces se hará por la vía legal.

Supe que estaba en sus malditas manos por una razón: cuando decidimos hacer la sociedad era tanto el trabajo en el que nos sumergimos, que no alcanzamos a formalizarla. Como la situación fiscal no era apremiante —porque trabajábamos a

particulares sin expedición de recibos fiscales—, descuidamos ese renglón.

El trato inicial es que las compras las iba a realizar mi socio a su nombre, mientras yo iba a generar los contratos con los clientes, dicho de otra forma, él era operativo y yo era ventas.

¡No tenía ningún respaldo legal con el cual ampararme!

—Te daré una indemnización simbólica —continuó—, pero no puedo hacer más.

No podía creer lo que me estaba sucediendo, este maldito se había querido deshacer de mí desde hacía meses y me atacó justo en el momento más vulnerable. Ya me habían comentado algunas personas —pero nunca quise creerlo—, que mi socio estaba profundamente enamorado de Fabiola; sin embargo, nunca pensé que me fuera a atacar de esta manera. Habíamos formado el mejor grupo de eventos sociales de toda la región, lo habíamos creado de la nada y me estaba dando una puñalada por la espalda.

—Si bien es cierto que tú tienes el equipo a tu nombre —continué con mi defensa—, yo tengo los contratos al mío, además, los músicos, banqueteros y clientes han hecho siempre los tratos conmigo, así que no creas que tienes la sartén por el mango.

—Te equivocas Adrián —continuó, dibujando una sonrisa en su rostro—, sí tengo la sartén por el mango. Mientras tú vivías tu estúpido romance con Fabiola, hablé con todos para comunicarles que posiblemente habría una ruptura en nuestra sociedad. Como estabas muy concentrado en tu aventura, logré convencerles de que yo era la mejor opción para ellos, la gran mayoría aceptó. Así que tú decides si lo hacemos por la buena o nos vamos a pleito legal.

Mi cabeza daba vueltas, no podía ni articular las palabras adecuadas y lo mejor que pude decir fue:

—¡Vete a la mierda! ¡Enano hijo de puta!

Y me retiré sin más.

Regresé a casa totalmente deshecho, mi mundo se había caído a pedazos de una manera caótica y estrepitosa. No podía quitarme de la cabeza los recuerdos: Carla llorando y maldiciéndome, mi socio pidiéndome que dejara el grupo y la absurda propuesta de Fabiola.

Abatido, dejé mi abrigo botado en la sala y al abrir la puerta de la habitación, un frío me recorrió desde la espalda hasta la nuca...

¡Ahí estaba Carla!, sentada en la orilla de la cama, sosteniendo una foto nuestra. Busqué desesperadamente algún arma oculta junto a ella.

—No sé si puedo perdonarte Adrián —dijo mientras miraba la foto—, sé que yo también puse mucho de mi parte para que esta relación se fuera a la mierda. Cometí errores de los que no me había percatado —susurró mientras lágrimas rodaban por sus mejillas—, así que no te culpo del todo.

Yo solo escuchaba con atención, sin dar crédito a lo que en esa habitación ocurría.

—No sé qué fue lo que me sucedió —continuó—, los celos me invadieron, me hice tóxica e insoportable y te pido que me perdones por eso. Tú quisiste poner punto final en varias ocasiones y yo no lo permitía, entonces, ¿por qué sentirme sorprendida?

Ella lloraba desgarradoramente y yo no podía evitar hacerlo de la misma manera.

—Perdóname Adrián, te ruego me perdones. Si lo haces, dedicaré hasta mi último aliento para cambiar el monstruo en el que me he convertido, prometo volver a ser esa persona de la que te enamoraste. Por favor, perdóname. ¡Te amo!

Yo no daba crédito a sus palabras. Mi sorpresa, tristeza y duda de que en realidad esto estuviera pasando, era total. Las lágrimas y el golpe de la sorpresa no me dejaban pensar con claridad.

—¡Carla, mi amor! —la interrumpí— ¡Perdóname también! Te prometo que jamás volverá a suceder algo como esto, me dedicaré en cuerpo y alma a ser la mejor pareja que puedas tener, te dedicaré más tiempo de calidad y podrás estar segura de que eres la única mujer que amo y amaré por siempre. Te perdono Carla, pero necesito que tú también me perdones —Se lo dije mientras la tomaba de las manos y la miraba a los ojos—... ¡por favor!

Lloramos juntos, nos abrazamos, nos hicimos saber lo mucho que lamentábamos todo y lo mucho que nos amábamos. ¡Nos perdonamos! Y ahí volví a recuperar a mi mujer. Sabía que ella fue honesta al decir todo aquello y, por supuesto, yo también lo fui. Ese día... ¡me curé! Hicimos el amor toda la noche y en más de una

ocasión. Mi deseo hacía ella había vuelto con una fuerza vigorizante, me prometí que pondría todo de mi parte para que esta relación mejorara de manera excepcional.

Al día siguiente, le platicué lo que había sucedido con mi socio. Ella me escuchó con mucha atención y se levantó de un salto...

—No mi amor, este grupo musical es tan tuyo como de él — exclamó furiosa—. Ese cabrón no se saldrá con la suya. Tienes todo mi apoyo Adrián, venderé tortillas en la calle si es necesario, pero tú recuperarás el grupo por el que tanto trabajaste. De que lo recuperas ¡lo recuperas!

¡Esa era mi mujer!... ¡Mi hermosa Carla!

Hicimos un esfuerzo extraordinario por recuperar legalmente el grupo. Mi gente me siguió como antes solía hacerlo y logré salvar la buena reputación que tenía —esa que, con tanto esmero, aquel enano maldito me había querido arrebatarse—. Carla y yo asistimos casi de inmediato a terapia de pareja y mejoramos mucho, al punto de tener una mejor relación que cuando iniciamos.

Un año después de mi reconciliación con Carla, logramos recuperar el grupo por completo. Le mostré a Carla los documentos que me acreditaban como dueño absoluto del grupo y todos los contratos a mi nombre, le dije que mirara los documentos con calma y le di la carpeta que los contenía.

En medio de la carpeta encontró un anillo de compromiso y una pequeña nota que decía:

Esto nunca lo hubiera logrado sin ti cariño, eres una mujer maravillosa, integra y muy valiosa. Te amo y te amaré por siempre.

¿Amor, me concederías el honor y la felicidad de hacerte mi esposa?

Al ver el anillo y leer la nota, Carla se puso a llorar de felicidad y aceptó de inmediato. Un año después, Carla y yo nos casamos.

Han pasado dieciséis años desde nuestra boda y hoy tenemos dos hermosos hijos: Carolina y Arturo; nuestras adoraciones.

Hicimos tres franquicias del grupo y las vendimos hace cinco años, con el dinero pusimos dos exitosas academias: una de música y otra de inglés.

Hoy día me pregunto:

¿Qué habría sucedido si hubiera decidido aceptar la propuesta de Fabiola? ¿Qué calamidades hubiera tenido que soportar por esa decisión? ¡No lo sé!, pero de seguro esta historia giraría alrededor de la desdicha y el infortunio.

Como dicen por ahí...

¡Mejor no invoco al Diablo!

Amigos

Pensar que no me di cuenta... ¡hasta que casi te perdí!

Era una mujer con una sonrisa muy hermosa por fuera, pero con una tristeza muy profunda por dentro. Se vestía, maquillaba y comportaba para agradarle a los demás. Presumía que la mejor manera de ser feliz era estando soltera, de esa manera no se exponía a ninguna traición o sufrimiento sentimental. Recomendaba abiertamente tener el mayor número de amantes —de ser posible uno en cada ciudad a la que se visitara con regularidad—, para que al viajar hubiera alguien «seguro» con quien disfrutar y evitar el cansado y gastado ritual de la seducción; su nombre... ¡Minerva!

A pesar de que Minerva tenía muchas personas para compartir, solo tenía a una persona a la que podía llamar un verdadero amigo: Ulises. Ellos acostumbraban salir juntos con bastante frecuencia. Los momentos en que más disfrutaban de su compañía era cuando podían ir juntos al cine, disfrutaban de las mismas películas y podían discutirlos a profundidad.

Tenían quince años de amistad y se conocían demasiado bien, habían compartido de todo: alegrías, tristezas, frustraciones, alimentos, enfermedades e incluso hasta la misma cama, pero eso sí, solo como amigos.

Ulises de repente la llamaba «La bruja de hielo», debido a que cada novio que él consideraba buen partido para ella, terminaba alejándose. Minerva siempre era la que terminaba con la relación cuando uno de los dos comenzaba a involucrarse emocionalmente de más.

Ulises consideraba a Minerva una increíble mujer en muchos aspectos, pero demasiado promiscua para ser una buena esposa. Él sabía que tratar de «corregir» a su amiga no era posible —ya lo había intentado algunas veces sin éxito—, así que solo la llamaba

«La bruja de hielo» cuando quería hacerle notar que reprobaba la manera tan ligera de terminar una relación que posiblemente hubiera funcionado. Él sabía que, con solo hacer un pequeño esfuerzo para deshacerse de su vida licenciosa, Minerva podía ser una excelente pareja para cualquier hombre que la pretendiera.

Ulises había terminado una relación de cuatro años de noviazgo con Rocío —ya hacía dos años de eso— y sentía que la herida, de vez en cuando, volvía a sangrar. Él siempre creyó que era la mujer con la que compartiría su vida.

Minerva, en su afán de ayudarlo, nunca perdió la oportunidad para recordarle que la estrategia que ella implementaba era la más efectiva para no sufrir en el amor. Ulises terminó por ceder y comenzó a salir con varias mujeres, poniendo mucha atención en no involucrarse emocionalmente.

Minerva y Ulises eran una pareja de amigos que compartían la misma filosofía de relaciones sin compromiso. Salían a divertirse cada que podían y cambiaban de pareja cuando el asunto se ponía más serio. Así vivieron por algún tiempo, hasta que la noticia llegó.

∞ ∞ ∞

A Ulises le diagnosticaron cáncer de garganta en fase dos, producto de fumar en exceso.

—Será muy difícil —le dijo el doctor—, la enfermedad ha avanzado tan rápido que usted ni cuenta se dio, sus síntomas debieron alertarlo y pudo buscar ayuda médica en un mejor momento.

—Nunca me sentí realmente mal —comentó Ulises.

Minerva estaba destrozada, su mejor amigo tendría que luchar con una enfermedad terrible y ella no podía hacer nada al respecto, solo podía brindarle su apoyo para seguir adelante.

El tiempo siguió su curso y Minerva le hacía una visita a Ulises todos los días, después de salir del trabajo se quedaba hasta muy tarde con tal de generar las mayores comodidades para él. Ella le hacía de comer y le ayudaba con los deberes cotidianos aun cuando su amigo insistiera en que no era necesario tomarse tanta molestia.

Cuando llegó el momento, la familia de Ulises estuvo acompañándolo en cada una de las quimioterapias que le administraron; a su vez, Minerva lo visitaba cada noche para auxiliario con los síntomas adversos del tratamiento.

Minerva tomó tan en serio el cuidado de su amigo, que se olvidó por completo de la diversión, la socialización y, por supuesto, sus amantes. Dejó a un lado su ideología, esa que condenaba a una mujer —etiquetándola como servil o débil—, si se atrevía a asistir a un hombre. El estado de su amigo la estaba sacudiendo de tal manera, que frases como: «Una mujer empoderada jamás servirá a un hombre», ahora parecían completamente absurdas. La vida le estaba dando una lección dolorosa.

Al mes de haber comenzado con la medicación, descubrieron que no se estaban obteniendo los resultados deseados, así que decidieron aumentar el tratamiento inicial: más sesiones de radiación y más quimioterapia. Este aumento supondría un mayor cuidado a Ulises, ya que las molestias serían mayores y necesitaría de un mayor apoyo y cuidado; por consiguiente, Minerva tomó una decisión desesperada...

Minerva le sugirió a su amigo vivir en una sola casa, ya que de esta forma ella podría cuidarlo de tiempo completo. Los ahorros de ambos podrían permitirles no trabajar por alguna temporada; además el seguro de gastos médicos mayores aunado a la prestación de salud del Estado absorberían los gastos directos de la enfermedad.

Ulises accedió y Minerva se fue a vivir a casa de su amigo.

Minerva, diligente y responsable, se estaba dedicando en cuerpo y alma a cuidar de Ulises. Hacía mucho que no estaba así de triste, así de preocupada, pero tampoco así de comprometida y feliz por sentirse útil para alguien más.

El tiempo continuó su curso y el tratamiento seguía sin dar resultado, Minerva estaba intranquila. Un buen día, sin proponérselo, comenzó a llorar sin parar, había cedido a la presión. Abrazó fuertemente a su amigo y le pidió, casi con desesperación, que luchara con toda su fuerza, que no se rindiera. Ulises la abrazó y le dijo que contara con ello, que él iba a pelear esa batalla con todo lo que le quedara de energía; pero a cambio, ella debía

mantener la calma y pensar en positivo. Ambos se acostaron juntos y, después de llorar unos cuantos minutos abrazándose, se quedaron en silencio, compartiendo un momento de paz y tranquilidad que no habían experimentado desde hacía mucho.

Conforme los días transcurren, ambos se observan con mayor detenimiento que antes. Dirigen sus miradas más allá de lo físico y comienzan a ver al ser humano que se encuentra en el fondo, en ese lugar al que solo se puede llegar cuando el corazón mira fijamente. Minerva y Ulises ya no se miran como amigos: la cercanía, el constante contacto, el desnudar sus almas... todo influye para que se vean con otro tipo de amor. Pero eso no es suficiente para hablarlo, todavía guardan su distancia. Y no es para menos, siempre manejaron una filosofía de libertinaje tal, que sus palabras parecerían huecas, carentes de sentido; además, el temor de no corresponderse el uno al otro los hace callar. La ironía de la vida se hace sentir con toda su fuerza.

Ulises ha perdido todo el cabello, además de varios kilos de peso; muy poco se puede reconocer de él. La medicina y la enfermedad lo están consumiendo más rápido de lo esperado. Minerva sufre, se siente impotente, está frustrada y angustiada.

Los amigos valoran cada día que pasan juntos y, aunque no lo mencionan, ambos sospechan que se aman; entre plática y plática dejan que se asome un poco de esa verdad.

Un día, Minerva siente tanto dolor al pensar que puede perderlo en cualquier momento, que decide no esperar más. Ella está dispuesta a desnudar su corazón ante Ulises, decirle lo mucho que lo ama y lo difícil que sería estar sin él. Le dirá que jamás se sintió tan enamorada como ahora y que tiene la certeza, porque su corazón se lo dice en cada latido, de que nunca podrá amar a alguien que no sea a él. Así que espera a que salga del baño para iniciar la conversación.

—Ulises, necesito decirte algo muy importante —dice Minerva mientras se retuerce las manos—, hace ya algún tiem...

Ulises se desvanece. Ha caído al piso cinco minutos después de haber vomitado por cuarta ocasión. Minerva siente que algo anda muy mal.

—¡Ulises! —grita Minerva al tiempo que corre hacia él. ¡Ulises!
¡Dios mío! ¡Por favor cariño! ¡Respóndeme!

Minerva no sabe que debe hacer y entra en pánico. Toma el celular, llama a la ambulancia y pide un traslado de emergencia para un paciente con cáncer.

—¡Ulises, mi amor! —le grita, mientras lo abraza en el suelo humedeciéndole la cara con sus lágrimas—. ¡Quédate conmigo, por favor! ¡Te amo! ¡Carajo! ¡Te amo con toda mi alma! Jamás había querido a alguien como te quiero a ti. ¡No quiero perderte! ¡No! Estoy tan arrepentida de no habértelo dicho, siempre actué como una estúpida soberbia creyendo que ser una maldita puta me daba libertad y poder sobre los hombres y... ¡Ahora que me doy cuenta de todo lo que te amo! ¡Te estoy perdiendo! Fui tan orgullosa y tonta que me da tanta rabia y tanta impotencia. ¡Por favor, Ulises! ¡No te vayas! ¡No renuncies! ¡No me dejes! ¡Pelea, maldita sea! ¡Te necesito a mi lado!

Minerva ruega por la vida de su amor y rompe en un llanto convulsivo...

∞ ∞ ∞

Ulises despierta en la cama del hospital, está completamente desorientado y su mano está entrelazada con la de Minerva. Ella ha estado a su lado dos días completos sin apartarse un solo momento de él. Ulises no logra recordar nada, pero se siente feliz de estar vivo y junto a ella. Los acontecimientos lo impulsan a tomar una decisión: le confesará a su amiga todo el amor que siente por ella. Se lo confesará aun sabiendo que posiblemente «La bruja de hielo» no tome ese tipo de sentimiento con seriedad. Sabe que, una cosa es el cariño de amigo que ella le tiene, y otra muy diferente, el tener un romance con alguien que está a punto de morir. Sin embargo, le importa un comino, quizá no tenga un mejor momento para decírselo.

Minerva despierta al sentir un movimiento en su mano. Sus ojos se dilatan y reflejan toda su alegría... ¡Ulises despertó!

Se levanta de la silla, lo mira fijamente, sonrío, y sin decir nada... lo besa. Por fin, ahora siente ese beso de amor que nunca encontró

en los labios de otro hombre.

Ulises está atónito, no esperaba tal demostración de afecto. Las palabras que pensaba decirle a Minerva se esfuman de su mente y... simplemente... corresponde el beso.

Un minuto después, mirándolo a los ojos, Minerva sonrío y le cuenta lo mucho que lo ama, lo arrepentida que está por no haberlo dicho antes, y lo feliz que se siente con la vida por haberle permitido confesar ese amor que inundaba su alma.

Minerva se siente extraña al saberse capaz de amar a alguien con tal intensidad. ¡Es hermoso! —piensa—. Ahora solo espero que Ulises pueda corresponderme, aunque lo haga en menor medida.

Los pensamientos son interrumpidos por el doctor que entra a la habitación seguido de los familiares de Ulises.

—Su desvanecimiento fue ocasionado por debilidad —explica con mucha seriedad el doctor—. La falta de nutrientes y la presencia de tantos medicamentos en la sangre lo han debilitado demasiado; pero contra cualquier pronóstico, el cáncer está disminuyendo y el tratamiento está dando resultados completamente inesperados, muy por encima de cualquier expectativa optimista. Si sigue las instrucciones y los cuidados al pie de la letra, el cáncer podría desaparecer con el paso del tiempo.

—¿Doctor, está usted seguro? —preguntó Ulises completamente anonadado.

—El tratamiento deberá continuar —añade el doctor—, pero ahora usted tiene una garantía: la garantía de que la enfermedad irá disminuyendo. Además, de manera paulatina y con los cuidados que le indique, podrá recuperar completamente su salud en algunos meses.

Ulises suelta el llanto, se siente agradecido. Es portador de un sentimiento que solo lo podría comprender un condenado a muerte al que se le ha brindado una segunda oportunidad de vivir. Minerva sonrío, lo abraza con ternura y las lágrimas de ambos se mezclan.

Una inmensa alegría se respira en la habitación en ese momento, lágrimas de felicidad y abrazos surgen por doquier. Ulises y Minerva se dirigen miradas de amor, saben que pueden amarse con total libertad, agradecen la felicidad que se dibuja en su horizonte... juntos.

Ulises, semana a semana se recupera y Minerva no deja de cuidarlo, lo motiva a comer, seguir el tratamiento y a caminar más. Han pasado dos meses y medio desde que recibieron la buena noticia, ella ve una extraordinaria mejoría en su amado y nada la hace más feliz.

Ulises, después de comprar un anillo de compromiso, ha llevado a Minerva a cenar a un lugar muy romántico donde le ha propuesto matrimonio. No quiere que se aparte de su vida por ningún motivo, la ama con todo su corazón y la vida sin ella no tendría sentido.

Minerva, entusiasmada acepta el compromiso de unir sus vidas como esposos; ambos se prometen amor, respeto y comprensión por el resto de sus vidas.

Algunos meses después, cuando el cáncer ha desaparecido por completo, Ulises y Minerva, contraen nupcias en una boda sencilla pero muy bonita...

Con cualquier pretexto, Minerva se aleja un momento de la fiesta para hablar con Ricardo, le dice que es momento de contarle la verdad a Ulises, él tiene que saber que hay otro hombre. Minerva sabe que esa relación no podrá ocultarse por más tiempo.

Minerva se acerca a Ulises, le pide alejarse un poco de los invitados y con mucho nerviosismo le dice:

—Estaba esperando el momento oportuno para decirte que... estamos esperando un hijo y me gustaría llamarlo Ricardo.

—¿Qué?! ¡Mi amor, me haces tan feliz! —dijo al tiempo que la levantaba del piso y le daba vueltas— ¡Gracias linda! ¡Muchas gracias! ¡Te amo con toda mi alma!

Y ambos sellaron su amor con un beso.

Prejuicios

Gracias por contarme tu historia de amor querido amigo... QEPD

Cuando era pequeño, jamás imagine la vida que me tocaría, sin embargo, años después, ahí estaba yo: David contra el mundo.

Nací en una familia de fanáticos religiosos. Fui criado y adoctrinado bajo las más severas reglas católicas y machistas. Como hombre, mi enseñanza y formación debía ser especial: trabajo pesado, sacrificio físico, responsabilidad como proveedor y, cuando alcanzara cierta edad, buscar una mujer para casarme.

Cuando cumplí los dieciséis años debía prepararme para tener mi primer encuentro sexual. Al ser varón y el mayor de los hermanos, las expectativas de mi padre eran muy altas, él decía: «Mi hijo tendrá que ser macho como su padre y ejemplo de sus cuatro hermanos».

Recuerdo que siempre me gustó jugar fútbol y leer mucho. Todo el tiempo quería aprender cosas nuevas y ejercitar mi cuerpo. Mi papá era electricista y siempre me causaba un enorme placer acompañarlo a las diferentes obras en construcción para realizar las instalaciones eléctricas. Por lo regular, eran trabajos que exigían mucha demanda física, gracias a todo ese ejercicio, mi cuerpo tenía un aspecto atlético y muy atractivo para el sexo opuesto, muchas amigas decían que me veía muy varonil y eso me llenaba de satisfacción.

Fue por esos tiempos que comencé a notar algo diferente en mí. Antes no tenía noción de las chicas que estaban a mi alrededor y ahora las veía por todas partes. Si tomamos en cuenta que vivía entre fútbol, visitas a la iglesia con mi mamá, trabajo con mi papá, escuela, tareas, etc., es de imaginarse que no había reparado mucho en ellas.

La presión social en la década de los ochentas era fuerte, si eras un «verdadero hombre» debías tener tu primera relación sexual antes de cumplir la mayoría de edad; si no la habías tenido para entonces, se prendía una alerta entre los hombres del entorno... posible «marica», «puto», «puñal», «homosexual» o mil sinónimos más.

Yo, nunca había tenido una novia, así que los problemas con mi padre comenzaron, pues se habían propagado algunos «rumores» de que David tenía comportamientos «raros».

En una de las múltiples discusiones que tuve con mi padre, salí de la casa muy molesto y decidí callarle la boca de una vez por todas. Me dirigí a casa de Ana, una amiga que me había propuesto sexo de manera abierta hacía unas semanas. Al llegar, toque a su puerta y en cuanto me abrió le pregunté con determinación y sin recato alguno:

—¡Hola, Ana! ¡Buenas tardes! ¿Sigues en pie tu propuesta de tener un encuentro íntimo conmigo?

Ella puso una cara que no se describe con exactitud. Fue entre sorpresa, miedo, vergüenza, incomodidad y ganas de soltarme un chingadazo.

—¡Hola, David! ¡Buenas tardes! —me contestó—. Pasa por favor, estoy comiendo con mis papás, ¿gustas comer?

Hasta entonces me di cuenta de lo estúpido que había sido. Me sentí como una suela de zapato y traté de componer las cosas.

—¡Oh, disculpa!... yo... no... sabía... ¡perdón!, te veo en otro momento.

Ella me sujetó fuertemente del brazo y me dijo en voz muy baja.

—¡Pendejo!, ¿qué te pasa? ¿quieres que todo el mundo se entere? Pasa a la casa un momento si no mis padres me van a llenar de preguntas. Terminando de comer se van a ir... y sí, si quiero acostarme contigo todavía, pero no son formas... ¡cabrón!

Pasé a su casa con cara de niño regañado, saludé a sus padres, acepté un plato de sopa y al terminar de comer, ellos regresaron al trabajo dejándonos solos.

Cuando sus padres se fueron, Ana me dijo:

—Dame unos minutos por favor, voy a limpiar la mesa, ahorita hablamos.

Ana limpió la mesa y se puso a lavar los trastes, no dijimos nada, había un silencio que me incomodaba mucho. A los diez minutos, Ana terminó sus tareas y se dirigió a mí:

—¡Ahora sí, papacito!, ¿en que estábamos? —me lo había dicho con una mirada encendida—. Ven vamos a mi habitación.

Me llevó a su habitación, nos desnudamos y nos metimos a la cama.

Mi cabeza era un mar de confusiones y pensamientos. Veía a mi padre diciéndome que un hombre, que se digne de ser hombre, sabe complacer a una mujer: «La mujer debe gritar y gemir como loca, si logras eso, estarás cumpliendo tu deber como macho». También veía la cara de mis amigos que me decían: «Entre más rápido y fuerte la penetres, más macho serás». Yo estaba tremendamente nervioso y no sabía qué hacer, además, mi condicionamiento religioso no me permitía aceptar tener una relación «sucias» fuera del matrimonio.

Con ese tipo de pensamientos golpeando mi mente, mi primer acercamiento fue un verdadero desastre; primero, porque no logré una erección digna y, segundo, porque sentí que estaba haciendo la cosa más asquerosa que jamás había hecho.

Cuando terminé, me di cuenta que prácticamente lo había hecho con los ojos cerrados, me sentía asqueado. Algo que impresionó a Ana fue el tiempo que duré, me dijo que eso no era «normal» para un chico que nunca había tenido sexo. Me había tardado casi treinta minutos en eyacular, esos habían sido los treinta minutos más espantosos que había vivido hasta el momento.

Ana me preguntó si me había gustado y lo contesté que sí —qué más le podía contestar—. Ella dijo que había sido toda una experiencia, que jamás había durado tanto tiempo con alguien y que le encantaría repetirlo de nuevo. Yo asentí de forma escueta, pero le dije que tenía que salir en ese momento, que mejor otro día lo intentaríamos.

Cuando me vi con mis amigos, les conté que me había acostado con Ana —esa había sido la razón principal para hacerlo: enterar a todo mundo de que no era un «raro» y me dejaran en paz de una vez por todas—. Comenzaron a bombardearme con todo tipo de preguntas, pedían que les contara mi hazaña con lujo de detalles,

pero no era agradable, el simple hecho de recordarlo hacía que mi repulsa volviera. Me escudé con algunos versículos de la biblia para no hacer más comentarios. Reforcé mi postura, argumentando que «un verdadero caballero no tiene memoria».

Respecto a mi padre, se lo comenté y no me hizo preguntas, solo me abrazó y felicitó por haberme convertido en un «hombre». Ese día, me dejó fumar un cigarrillo y beber una cerveza entera delante de él.

Siempre me he preguntado: por qué algunas familias y amistades religiosas —como la mía—, obligan a un hombre a convertirse en una semilla de promiscuidad y pecado. Creo que esa doble moral jamás podré entenderla.

Fui compañero sexual de Ana por cerca de tres meses, lo hacía para evitar el «qué dirán». Quería que todos se enteraran que podía ser todo un hombre a la hora de estar en la intimidad con una mujer, pero la verdad era muy diferente... ¡no me gustaba el sexo con ella!

Cuando mi tolerancia a la farsa que llevaba con Ana llegó a su límite, terminé la relación. A ella le dolió debido a que se había enamorado de mí, pero en lo que a mi concernía, me sentí libre y pleno.

Unos meses después de haber terminado con Ana, conocí a Teresa, una hermosa chica de veintiún años que pertenecía a la célula juvenil de la iglesia. Nos gustamos y nos hicimos novios.

La fama de «macho alfa» que había obtenido con Ana se incrementó con mi novia Teresa. Me había ganado el respeto y la admiración de mis amigos. Mi padre me presumía siempre que podía: «Este si me salió cabrón, apenas tiene diecisiete y ya se está chingando a una de veintiún años... ¡de tal palo, tal astilla!». También les decía a mis hermanos que tenían que ser como yo: un hombre hecho y derecho. Ellos me miraban como si fuera un artista famoso.

En cuanto a mi madre, ella se sentía orgullosa de tener a un hombre completo en casa, pero siempre me recordaba que debía tratar con amor a mis mujeres, no como objetos sexuales. Opinaba que, si antes de casarme solo quería placer carnal, buscara prostitutas con quien desahogarme, que ellas estaban ahí para eso.

Me recordaba que yo debía poner el ejemplo a mis hermanos de cómo tratar correctamente a una mujer.

Mi noviazgo con Teresa era maravilloso. Sus padres eran muy cultos y de alto poder adquisitivo. Ella era inteligente, guapa, de excelente figura y muy linda conmigo; sentía hacia ella un gran cariño, pero... no me despertaba ningún tipo de atracción sexual.

Después de un tiempo de noviazgo, como es natural, llegó el momento de tener intimidad. Yo estaba seguro de que esta vez sería diferente, pero no fue así. Me sucedió lo mismo que con Ana, salvo por un detalle que cambiaría mi vida por completo...

Cuando nos estábamos vistiendo, Teresa me abrazó por la espalda y me dijo:

—¡David! Estoy segura de que me quieres, lo puedo ver en tus ojos, pero no me deseas. ¿Acaso no te parezco atractiva?

Su pregunta tenía un tono tan cálido, que me sentí obligado a decirle la verdad, tenía la esperanza de que su reacción no fuera negativa, realmente la amaba y no la quería perder.

Me armé de valor, respiré profundo y comencé a explicarle lo que me sucedía. Conforme le contaba, trataba de leer en su mirada alguna señal, pero no había emociones, era como si estuviera ausente. No sé cuánto tiempo pasó, pero me pareció eterno, ¡necesitaba alguna reacción de su parte! Me sentía muy mal y no sabía que pensar. De repente, Teresa se levantó de la cama y, sin decir nada, se metió al baño cerrando la puerta tras de ella.

—¡Teresa!, por favor dime algo, ¡cualquier cosa! —le suplicaba con preocupación, mientras tocaba suavemente la puerta del baño—. No sé qué me sucede, ¡te juro que te amo!, debo tener un problema de salud. Tal vez deba ir con un doctor o decírselo a mi papá para que me aconseje.

Teresa abrió la puerta estrepitosamente, se acercó rápido hacia mí, me miró a los ojos fijamente y con una vehemencia que no le conocía, dijo:

—¡No vayas a mencionar esto con nadie, David! ¡Con nadie... porque te va la vida de por medio!

Lo que dijo, la velocidad con la que salió y la intensidad con la que me miraba; me asustaron.

—¡Pe... pero!... ¿de qué carajos estás hablando? —exclamé completamente confundido.

—Escúchame con mucha atención David —continuó Teresa con mucha seriedad mientras me tomaba de las manos—. Si le mencionas esto a alguien de tus amigos, te puede ir muy mal; pero si se lo mencionas a tu papá, te golpeará, te correrá de la casa o incluso hasta podría matarte. Soy la única que lo sabe y la única que lo sabrá por ahora.

—No te entiendo. ¿Qué está ocurriendo? —le cuestioné casi gritando—. ¿Por qué dices eso?

—¡David!, cre...creo que eres homosexual —susurró bajando la mirada.

De inmediato me incorporé y comencé a gritarle muy enojado que estaba loca, que no me ofendiera de esa manera, que era lo peor que podía decirme una persona...

—¡Shhh!, ¡calla David, no lo grites! —repuso.

—¿Cómo no quieres que grite? —aullé—. ¿Te das cuenta de lo que me acabas de decir? ¡Vete al infierno Teresa! ¡Yo no soy ningún «puñal» de esos!

Guardé silencio mientras mis ojos se humedecían, ¡estaba furioso! Me vestí lo más rápido que pude y salí de la habitación dando un portazo.

No volví a verla. Cuando me preguntaban por ella, les respondía que habíamos tenido una discusión seria y que habíamos decidido darnos un poco de espacio —me daba vergüenza decir que mi novia me había acusado de «marica»—. Por una parte, me sentía ofendido por la imputación; pero por otra, comencé a hacerme preguntas incómodas que, muy a mi pesar, apuntaban a la conclusión de Teresa. Pero... aun cuando eso pudiera ser cierto... ¡jamás lo admitiría delante de nadie! Teresa tenía razón... podría irme la vida de por medio.

Desde la discusión con Teresa, la pregunta rondaba mi cabeza a cada momento. Me causaba insomnio y la mayor parte del tiempo no lograba concentrarme en otras cosas: ¿realmente seré un asqueroso homosexual?

Un par de semanas después, Teresa llegó a mi casa. Cuando salí a recibirla yo aún continuaba molesto y confundido, así que le

pregunté en un tono seco que necesitaba.

—Perdóname, David —sollozaba—, no debí decir cosa semejante, ¡lo lamento! Por favor, no le menciones a nadie la causa que originó nuestra discusión —añadió bajando la voz.

Le dije que la perdonaría porque en realidad la amaba, pero necesitaba una explicación del motivo que la llevó a pensar así de mí. Ella prometió que hablaría del tema abiertamente y sin rodeos si estaba dispuesto a escuchar, le contesté que sí. Así que entramos a la casa, comimos con mi familia y después nos fuimos a pasear.

Estábamos comiendo un helado, cuando sugirió ir a su casa. Me dijo que no había nadie, que si estaba de acuerdo ahí podíamos platicar de manera libre y tranquila. Asentí. Así que nos encaminamos hacia allá.

Cuando abordamos el tema, me pidió disculpas por lo rápido que llegó a su conclusión. Dijo que lamentaba haberme hecho enfurecer, pero debía entender que, por nada del mundo, ella hubiera hecho algo que de manera consciente hubiera podido ofenderme o lastimarme. Me contó que sus papás tenían amistades homosexuales —hombres y mujeres—, y que las historias que ellos contaban eran demasiado similares a la mía. Me describió algunas historias que conocía de esas amistades y, debo admitirlo, me vi reflejado.

Hablamos de varios temas: las historias de los amigos de sus padres; la posibilidad de aceptar si yo era homosexual; el futuro de nuestra relación como pareja; y del comportamiento social que deberíamos adoptar en caso de que sí lo fuera. El tiempo se pasó de manera rápida y no nos percatamos de la hora hasta que llegaron sus padres. Un poco apenado por estar a solas con su hija, los saludé con respeto, me despedí de ellos y me fui a casa.

Al salir, comencé a ver las cosas con una óptica diferente. Sentía como si me hubieran quitado un gran peso de encima, ya no experimentaba ese enojo desgastante, solo me sentía asustado.

A los pocos días, Teresa y yo nos volvimos a ver y tuvimos la conversación que marcaría mi vida para siempre.

—¿Me amas, David? —preguntó ferviente.

—¡Sí! ¡Sí te amo, Teresa! —contesté— ¡Te juro que sí!

—¡Bien!, porque yo también te amo con mi vida —continuó en un tono muy seguro— y por esa razón te tengo una propuesta...

—Te escucho con atención —exclamé intrigado.

La propuesta consistía en que me presentaría con algunas de sus amistades homosexuales para conocer un poco más sobre el tema. Ella lo mencionaría como una plática casual, pero yo debería poner mucha atención a lo que dijeran, pues esa conversación podría disipar mis dudas. Teresa y yo seguiríamos siendo novios en lo que lograba saber la verdad de mi inclinación sexual.

Me confesó que ella odiaba el sexo, no lo soportaba. Sus motivos no tenían que ver con alguna inclinación sexual, traumas o complejos; simplemente, no tenía apetito sexual.

Me confesó que, cuando supo que yo no le pediría intimidad se sintió aliviada. Entonces, me invito a hacer un pacto de «protección mutua»:

Si resultaba que yo no era gay, podríamos seguir siendo pareja, incluso, podríamos casarnos y tener familia, siempre y cuando yo no le pidiera sexo frecuente y, para que yo cubriera esa necesidad de satisfacción, ella me permitiría salir con otras mujeres a tener sexo, siempre de manera muy discreta y dándole a ella su lugar como esposa.

Ahora bien, si resultaba que yo sí era gay, podríamos hacer exactamente lo mismo, solo que duplicando las medidas de discreción e higiene. Nadie debía enterarse, porque ese sí sería el fin para ambos.

Su propuesta me pareció algo extraña, no obstante, parecía que el beneficio sería mutuo —y a la larga así fue—, de modo que acepté de inmediato y echamos a andar nuestro «plan».

Conforme escuchaba lo que decían sus amigos homosexuales en las reuniones que coincidíamos, me fui dando cuenta de que me sentía identificado con ellos, sin embargo, mis paradigmas y educación no me dejaban aceptarlo del todo.

Algunas semanas después, me invitó a la fiesta de cumpleaños de uno de sus amigos, ahí me presentó a Sergio, un hombre gay de veintitrés años. Nos llevamos muy bien y, extrañamente, mis prejuicios ante el homosexualismo se vieron derrumbados. Él era una persona amable, educada y nada que se pareciera a los

«maricas» que siempre me desagradaron por su promiscuidad, ofrecimiento y vulgaridad con la que se comportaban.

Mi primera relación sexual gay la tuve con Sergio, con él obtuve el placer que, aparentemente, debí experimentar con una mujer. Él fue muy dulce conmigo, me ayudó a explorar el terreno de manera lenta y sin prejuicios, no fue el caos que yo imaginé que iba a vivir. Siempre lo vi como un gran regalo de cumpleaños... ese día cumplía dieciocho años.

Pasaron dos años más, yo tenía veinte, Teresa veinticuatro, y decidimos casarnos. Tuvimos una boda sencilla, pero muy necesaria para seguir con nuestro acuerdo. Era un paso obligado que no nos pesaba, al contrario, nos hacía felices, por fin lográbamos esa «libertad social» que tanto anhelábamos.

Dentro del acuerdo, establecimos no tener relaciones sexuales entre nosotros como pareja, salvo cuando ambos tuviéramos la disposición, ya que Teresa quería tener un hijo mío y nunca fue un problema para mí que lo intentáramos. Yo quería darle ese hijo, amaba a Teresa con todo mi corazón.

Cuando cumplí veintiséis años, Teresa quedó embarazada y la noticia nos llenó de felicidad. Nació Armando y fuimos la familia perfecta ante los ojos de los demás.

Teresa y yo seguimos viviendo juntos hasta que Armando cumplió dieciocho años de edad, Armando decidió estudiar hotelería y turismo en España, Teresa logró colocarse en una editorial de Estados Unidos y yo, seguía con el mismo trabajo que me apasionaba: vender autos de agencia.

A mis cuarenta y cuatro años, me quedé solo. Alquilé un departamento cerca de mi trabajo para lograr una mayor productividad. La casa donde viví con mi esposa y mi hijo decidí ponerla en alquiler, dado que se encontraba a dos horas de la concesionaria donde trabajaba.

Poco después, mi papá falleció y fueron tiempos difíciles.

Las relaciones que había tenido con mis parejas, generalmente no duraban más allá de dos o tres años. Lamentablemente no había podido enamorarme de nadie, solo obtenía satisfacción sexual.

Uno de esos días, cuando me encontraba decaído e insatisfecho con mi vida... ¡conocí a Santiago!, un guardia de seguridad privada

que trabajaba en un supermercado que estaba cerca de mi departamento. En el momento que nos conocimos sentí una punzada en mi corazón, ese hombre me atraía de una manera increíble y, para mi fortuna y regocijo, descubrí que era gay.

Nos identificamos, decidimos entablar una amistad que se transformó en una relación madura, sólida, llena de respeto y amor. Seis años después, justo cuando cumplí cincuenta y un años, Santiago y yo decidimos vivir juntos.

Cuando Santiago y yo comenzamos nuestra vida en pareja, me vi urgido a arreglar una situación que tenía pendiente, y debía hacerlo cuanto antes. Le pedí a Ana y a Armando que vinieran a México, necesitábamos tener una reunión de familia a la brevedad. Teníamos que explicarle a nuestro hijo toda la verdad acerca del «pacto de protección» que habíamos hecho mucho tiempo atrás.

Para proteger a nuestro hijo, Ana y yo habíamos decidido ocultarle toda la verdad para no exponerlo a la crítica y condena social de familiares, amigos y entorno en general. Eso había funcionado bien, pero era el momento de decírselo. Yo, había decidido vivir con Santiago y mi hijo no podía enterarse por alguien más, tenía que ser por su madre y por mí.

Cuando abordamos el tema, su cara no mostró ninguna sorpresa y no pude evitar pensar: «tiene el aplomo de su madre». Una vez que terminamos, nos miró, levantó una ceja y nos dijo:

—Su «secreto» lo conozco desde que tenía catorce años —dijo con una voz cálida y un tono serio—, pero no me interesó tocar el tema. Sé que lo hicieron para protegerme y protegerse ustedes. No me siento mal, al contrario, estoy muy agradecido. Ustedes, a pesar de todos los obstáculos que debieron enfrentar, me dieron una vida normal y feliz. Hoy, que conozco los pormenores, me siento orgulloso de ustedes. Tuvieron el coraje suficiente para ocultar durante tantos años, sus inclinaciones, miedos, y rabia ante una sociedad intolerante; una sociedad llena de prejuicios y capaz de crucificar a las personas que no piensan como la gran mayoría. Papá, mamá, gracias por traerme al mundo a pesar de todos los obstáculos, nunca se los podré agradecer lo suficiente.

Teresa y yo nos miramos con una cara que seguramente le hubiera ocasionado risa a cualquier persona.

Armando sonrió y nos abrazó a los dos al mismo tiempo.

Me felicitó por mi relación con Santiago y a Teresa por su trabajo, acababa de ser promovida a editora en jefe en una firma importante de Estados Unidos.

Teresa y Armando conocieron a Santiago. Convivieron los tres un par de horas y se agradaron mutuamente, eso hacía las cosas más sencillas para mí.

Finalmente, Teresa regresó a Estados Unidos con un buen sabor de boca. Armando, consiguió un trabajo como gerente en un hotel de cinco estrellas aquí, en el estado donde residíamos.

Todo fue perfecto durante un tiempo hasta que cumplí la edad de cincuenta y seis años. Comencé, de manera paulatina, con dolores de cabeza, náuseas y mareos; también mi apetito sexual se había ido a cero. Mi rendimiento en el trabajo bajó de manera considerable y yo vivía en un estado de malestar constante.

Un día, me levanté de la cama para ir a vomitar y me desmayé...

Cuando desperté, Santiago estaba dormido en una silla junto a mí. Yo tenía algunas intravenosas en los brazos y no sabía lo que estaba pasando, estaba asustado.

Santiago despertó al escuchar mis movimientos, me miró a los ojos y me preguntó si me sentía bien, llamando de inmediato a una enfermera.

—Tranquilo mi amor —dijo Santiago—, ¡todo estará bien!

—¡Santiago!, ¿qué pasa?, ¿por qué estoy aquí? —le pregunté intranquilo—. ¿qué me pasó?

—¡Te desmayaste en el baño! —contestó, tratando de forzar una sonrisa.

Mi cabeza estaba dando vueltas, la luz de la habitación me irritaba demasiado.

—¡Apaga la luz, por favor! —le urgí con molestia.

A los pocos minutos, una enfermera y un doctor llegaron a la habitación.

—Hola David, soy el doctor Isaías Lozano. ¿Cómo te sientes? —me preguntó mientras anotaba algo en su tabla.

—¿Qué me pasó? —pregunté intranquilo mientras veía a Santiago llorando en la puerta—, me duele demasiado la cabeza.

—Tu compañero te trajo aquí porque te desmayaste —dijo el doctor Lozano contestando mi pregunta.

Cambió el rictus de su cara, tomó un aire de mayor seriedad y añadió:

—Llevas dos días internado. Te hicimos varios análisis y pruebas diferentes... David, lamento mucho informarte que tienes un «*Glioblastoma Multiforme*» en el cerebro; es decir, un cáncer muy agresivo que está demasiado avanzado para tratarlo con una operación.

Lo escuché como si su voz proviniera de otra habitación y no se estuviera dirigiendo a mí.

—Está bien. ¿Cuándo me puedo ir? —le pregunté tratando de incorporarme.

—No recomendamos que te marches —contestó, tratando de evitar que me levantara—, necesitarás cuidados especiales. Te moveremos de cama a un piso más tranquilo.

Miré al doctor fijamente y le pregunté con una voz que se había hecho grave de repente:

—¿Cuánto tiempo me queda doctor?

Hubo un silencio que me pareció eterno.

—No más de dos meses, David —contestó—. ¡Lo siento mucho!

Realizó otras anotaciones en su tabla, se disculpó y se fue.

Santiago entró para consolarme, pero en realidad no me sentía mal, yo fui quien terminó consolándolo a él. No estoy seguro de cómo me sentía en ese momento, pero no me sentía mal, es más, creo que ni siquiera sentía algo.

Pasamos algunos minutos así hasta que vi en la puerta a Teresa y mi hijo Armando, ambos tenían el rostro desencajado y lloraban. En ese momento, toda mi fuerza desapareció y me quebré... ¡comencé a llorar desconsolado!

Creo que estuvimos así por un lapso de media hora hasta que las náuseas me invadieron y me llevaron al baño a vomitar.

Cuando volví a la cama, sabía que en cualquier momento podía llegar el desenlace fatal, así que decidí despedirme en ese momento de los tres grandes amores de mi vida que había tenido la fortuna de tener:

—¡Teresa!... ¡Mi hermosa Teresa!... Perdóname por no haber sido el esposo perfecto para ti, ojalá hubiera sido mejor. ¡Siempre te amé de esa forma tan especial, y te seguiré amando así hasta que llegue mi hora!

—¡Armando!... ¡Hijo!... Perdóname por todas las fallas que tuve contigo como padre, pero nunca dudes del amor que te tuve desde que naciste, eres sangre de mi sangre y gracias por haberme hecho un padre tan feliz. ¡Te amo hijo! ¡Te amo!

—¡Santiago!... ¡Mi dulce Santiago!... me has hecho el hombre más feliz del mundo, no sabes cuánto te lo agradezco. Mi vida nunca hubiera sido dichosa de no haberte conocido. ¡Santiago!, mi compañero de vida. ¡Te amo con mi vida! ¡Gracias por todo!

Después, lloramos largamente. Yo estaba inconsolable, pero al mismo tiempo me sentía muy agradecido. La historia de mi vida pocas veces la pude contar y me hubiera gustado gritarla a los cuatro vientos sin importarme nada más. Habría sido una historia de amor verdadero.

Yo estaba desahuciado, había mucho dolor físico y emocional, era un dolor que me consumía por dejar el mundo bajo estas circunstancias; sin embargo, por mucho dolor que hubiera, nunca podrá compararse con la cantidad de amor tan especial que viví con mis tres ángeles, un amor como pocos pueden entender, un amor de complicidad, un amor realmente puro...

∞ ∞ ∞

David murió un mes después de su diagnóstico. Su familia y nosotros, los que fuimos sus verdaderos amigos, lamentamos mucho su pérdida.

∞ ∞ ∞

*¡Gracias por todos tus consejos, amigo!
¡Qué en paz descanses!
12/sep/1963 - 23/oct/2019*

¡Gracias por leer este libro!

Me siento la persona más afortunada por saber que has leído este libro.

Si bien es cierto que *Relatos de amor* no es el primero en su tipo, si espero que lo hayas disfrutado con una buena taza de café. Mi intención fue darte un paseo por los sentimientos de esas personas que desearon contarnos su historia. Espero que te hayas quedado con un buen sabor de boca.

Si te ha gustado este libro, espero que disfrutes el siguiente: *Relatos que duelen*, donde compartiré algunos pasajes tristes y reales que he tenido la oportunidad de conocer.

Si tienes alguna opinión de este libro, espero ansiosa tus comentarios.

pya.mucino@gmail.com

Muchas gracias por darme la oportunidad y ¡espero verte en el siguiente libro!